

CAMINO A NINGUNA PARTE

CLARK CARRADOS


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

239 — El monasterio perdido, *Ralph Barby*.
240 — Diabólicamente tuya, tía Louise, *Kelltom McIntire*.
241 — Anoche salí de la tumba, *Curtis Garland*.
242 — El cielo lloraba sangre, *Silver Kane*.
243 — La sangre exige un precio, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

CAMINO A NINGUNA PARTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 244
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.957 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Maldijo entre dientes, porque aquella espesa cortina de agua le ocultaba la visión casi por completo. A pesar del incesante movimiento de los limpiavidrios, y aunque tenía encendidas todas las luces del coche. Dan South se veía obligado a rodar con precaución, a fin de no sufrir un accidente que, en aquellas circunstancias y aunque él no recibiese daños personales, no podía resultar agradable de ninguna manera.

South había llegado a la poca satisfactoria conclusión de que estaba perdido. Había tomado aquel ramal, en un camino que parecía poco transitado, aunque en buen estado, pero, de pronto, le parecía hallarse en un camino que no conducía a ninguna parte.

Según el mapa, ya tenía que haber salido a una ruta con mayor circulación. Pero, aun contando con el inesperado diluvio, que se había desencadenado a poco de tomar aquel camino, ya debía haber llegado a la carretera secundaria E-18 al menos un cuarto de hora antes, incluso contando con el inevitable retraso que suponía el rodar, en ocasiones, al paso de una persona.

En medio de lodo, no podía quejarse: el coche respondía satisfactoriamente, y había llenado el tanque de combustible en la última estación de servicio que había hallado al paso. Aunque el día había sido bueno, el temporal había originado un nada agradable descenso de la temperatura. Dentro del coche, la estancia resultaba confortable. La calefacción funcionaba perfectamente y...

—¿Hasta cuándo diablos voy a seguir en este condenado camino? —masculló, enojado consigo mismo por haber cometido semejante imprudencia.

«El camino a ninguna parte», murmuró. ¿Dónde acabaría? ¿En alguna acogedora posada? ¿En una carretera transitada, en la cual podría encontrar un albergue para pasar el resto de la noche?

De repente, vio algo que le hizo pisar el- freno a fondo.

Apareció en el ámbito de luz de los faros, como si surgiera de la nada, y estaba completamente desnuda, a excepción de los zapatos.

—¡Santo Dios! —exclamó, sin poder contenerse.

Era una muchacha joven y de figura muy agraciada, con los largos cabellos chorreantes, pegados a la cara. Aquella aparición le hizo dudar de sus sentidos.

Ella corrió hacia el automóvil, y abrió la portezuela posterior.

—Por favor...

—Entre, señora —dijo South—. Ahí, en el asiento, verá una manta de viaje.

—Gracias. —Los dientes de la joven castañetearon un instante, pero pareció rehacerse pronto—. Me he perdido...

—Mo necesita darme explicaciones. Además, yo también me he perdido.

De pronto, South recordó algo que guardaba en la guantera del coche.

Levantó la tapa y sacó un frasquito de metal, plano, que pasó hacia atrás, sin volver la cabeza.

—Confórtese con un par de buenos tragos, señora —dijo jovialmente.

Ella suspendió, por unos instantes, la operación de secarse el pelo y la cara con un pico de la manta. Tosió un par de veces, y tapó el frasco.

—Esto es media vida —dijo alegremente—. He tenido una suerte enorme al encontrarle a usted, señor...

—South, Dan South.

—Yo me llamo Marjorie Uttman.

—Encantado..., ¿qué debo decir antes del apellido?

—Señorita, pero no me gustan las ceremonias. Puede llamarme Marjorie o Meggy, a su gusto.

—La llamaré Meggy. No olvide que mi nombre es Dan.

A South le devoraba la curiosidad por saber cómo había aparecido aquella hermosa muchacha en un paraje absolutamente solitario y sin una sola prenda de ropa encima, salvo los zapatos. La comarca por la que atravesaba era muy fragosa y con abundante vegetación silvestre. Pensó que tal vez había salido de excursión coa algún amigo, el cual, luego, había querido tomarse ciertas libertades... Pero, aun así, a Marjorie podían faltarle algunas prendas de ropa, pero no todo su equipo. Ni siquiera llevaba bolso.

Sin embargo, no se atrevía a preguntarle qué le había pasado. Ni por otra parte, lo estimaba correcto.

Al cabo de unos momentos, Marjorie cesó de frotarse.

—Ya me encuentra algo mejor —dijo.

—¿Cigarrillos? —sugirió él.

—Sí, gracias.

South le pasó un paquete de tabaco y el encendedor. Ella exhaló el humo, con verdadero placer.

—Dan, ¿adónde se dirige usted?

—Al final de este camino, si es que llega a alguna parte —contestó South —. Según el mapa, debe empalmar con la E-18, pero hace ya mucho rato que debería haber salido a esa carretera. Hay momentos en que tengo la sensación de que me encuentro en una cinta rodante, como las que usan en los gimnasios, sólo que en vez de mover yo los pies, giran las ruedas de mi coche, pero sin adelantar un solo palmo, ¿comprende lo que quiero decir?

—Sí, desde luego. Por favor, ¿puede dejarme el mapa un momento?

—Claro.

South paró el automóvil, y encendió la luz del techo. A los pocos momentos, Marjorie dijo:

—Siento mucho decepcionarle, pero ha errado la ruta, Dan. En alguna parte, encontró usted una bifurcación, y tomó un camino que no era el señalado en el mapa.

South se quedó sin aliento.

—Pero yo no vi nada...

—Llueve mucho. A veces, una tromba de agua, como la que está cayendo, dificulta la visión o, por lo menos, hace engañosa la perspectiva.

—Es posible que tenga razón —admitió él—. Pero si es así, tendré que buscar un sitio donde dar la vuelta y a ver qué pasa...

—Dan, creo que no será necesario —exclamó Marjorie, de repente—. Veo una luz.

* * *

La casa era grande, de sólida piedra, oscurecida por el paso del tiempo. Constaba de planta y primer piso, con tejado inclinado de pizarra, abohardillado. En alguna parte, pensó South con evidente placer, debía de haber una chimenea con gruesos leños ardiendo.

La lluvia no daba señales de cesar, aunque va no era tan intensa como antes. South detuvo el coche en las inmediaciones de la entrada, una amplia portalada de madera, protegida por una marquesina, sostenida por cuatro columnas de piedra. Parecía la mitad de un templete y, para llegar a su plataforma, era preciso usar la escalera de tres peldaños.

—Aguarde aquí, Meggy —dijo, a la vez que abría la portezuela del coche.

—No, iré con usted —decidió ella.

Corrieron hacia la protección de la marquesina. South divisó la cadena de una campanilla, y tiró del aro de hierro que la remataba.

Media puerta se abrió, un minuto después. El hombre alto, delgado y de rostro impasible que apareció, les contempló inexpresivamente.

—¿Sus nombres, por favor? —pidió.

—Marjorie Uttman, Dan South —dijo el joven—. Nos liemos perdido...

—Tengan la bondad de pasar. Yo soy Ralph, el mayordomo. Sus habitaciones están ya preparadas.

South abrió la boca, estupefacto. ¿Cómo les esperaban?, se preguntó.

—Muchas gracias, Ralph —dijo—. Escuche, por favor, la señorita ha perdido sus vestidos...

La impasibilidad del mayordomo pareció flaquear durante un instante.

—Está bien, señor; diré al ama de Naves que le proporcione algo de ropa. Por aquí, señorita, señor...

Entraron en la casa. El vestíbulo era enorme, desproporcionado. Había una escalera que conducía al primer piso. Una larga balaustrada protegía el corredor que daba a distintas habitaciones y que circundaba el vestíbulo por completo.

Ralph les precedió, silencioso, hierático. Abrió una puerta.

—Señorita...

—Le veré luego, Dan —dijo Marjorie.

—Está bien.

La habitación de South se hallaba al final del corredor, en el lado oeste. Ralph dijo:

—Lamento que hayan llegado un poco tarde, señor; pero si tiene apetito, puedo encargar a la señora Roberts que le suba algo de comer. En el dormitorio encontrará bebidas. La chimenea no está encendida, aunque funciona la calefacción.

—No tengo ganas de comer —sonrió South—. Pero deje que le dé las gracias por tan amable acogida...

Ralph se inclino.

—Sólo cumplo órdenes, señor. El señor Rotherdale nos encargó tratásemos a sus huéspedes como si de él mismo se tratase. Buenas noches, señor.

—Ralph, no se olvide de las ropas para la señorita.

—Sí, señor.

La puerta se cerró. Tremendamente desconcertado, South se preguntó quién diablos era aquel Rotherdale, y cómo era posible que les esperasen a ellos dos, si no sabían que iban a llegar.

Por el momento, sin embargo, eran elucubraciones que no conducían a ninguna parte. «Como el camino que tomé equivocadamente», pensó, mientras se servía una generosa dosis del whisky que había en una botella, simada sobre una mesita. La chimenea estaba en una de las paredes del dormitorio, amplio, cómodo y acogedor, pese a su estilo anticuado y pasado de moda. Ciertamente, estaba apagada, pero la calefacción, como había dicho Ralph, funcionaba de forma satisfactoria.

El whisky era de excelente factura. Algo más animado, South empezó a pensar en lo que haría al día siguiente, apenas amainase. Tendría que marcharse de la casa, por supuesto. Vería al dueño, le daría las gracias y...

¿Marjorie? ¿Le preguntaría por los motivos de su extraña aparición? ¿Quién lo había despojado de las ropas? ¿De dónde había salido?

De pronto, oyó voces. Una era chillona; la otra, grave. La voz chillona salía de la garganta de una mujer nerviosa. La voz del hombre expresaba una indiferencia total.

—Esto no me gusta, Stan...

—Nadie te obligó a venir aquí. Celia —dijo el hombre. South se lo imaginó en alguna parte, sentado en una butaca, y con el periódico en las manos.

—Tú sabías que temamos que venir. Era nuestra última solución..

—Entonces, no te quejes.

—Rotherdale no me gustó nunca...

—Eso lo dices ahora. Hace diez años, pensabas de otro modo.

—Hace diez años, yo era muy distinta...

—Sí, ahora eres una vaca, y entonces eras una ternera.

—¡Stan! ¡No me insultes! —chilló ella.

—Lo siento.

—No lo sientes. Lo has dicho con toda deliberación...

—Bueno.

—Oh, eres odioso... lo mismo que aquel viejo verde... igual...

—Hace diez años, decías que era un caballero muy agradable y simpático. ¿Se lo decías a él también, cuando me ponías los cuernos?

—¡Stan! En cuanto termine este desagradable asunto, te dejaré, para no verte jamás.

—Si no tuviese reúma, me pondría a dar zapatetas —contestó el hombre irónicamente—. ¿Por qué no te tomas un par de píldoras para dormir, y me dejas leer en paz?

South contuvo una sonrisa. En la habitación contigua, pensó, había un matrimonio mal avenido. Serían de mediana edad; él, gordo y calvo, ella, alta y voluminosa, histérica a ratos...

Con el vaso en la mano, se miró críticamente, frente al espejo de pared, con un exuberante marco de cornupia dorada. Casi sintió pena de sí mismo. Un metro setenta, calzado claro, lentes de montura negra, rostro más bien vulgar... Ciertamente, pulmones y corazón estaban en magnífico estado, por lo que no se podía quejar de la vida, en el aspecto físico interno. Pero en lo relativo a la apariencia exterior...

—Un desastre —murmuró.

De repente, oyó el tintineo de la campanilla de la entrada.

CAPITULO II

El sonido llegó a sus tímpanos, con sorprendente nitidez. Por un momento. South casi pensó que la campanilla estaba en su propia habitación. Miró a derecha e izquierda. En la pared que hacía ángulo con la de la puerta, vio un cuadro, situado de una forma poco común.

Se acercó al cuadro. Podía girar sobre unos goznes. Cuando lo apartó a un lado, vio un hueco de forma alargada, como una aspillera horizontal. La ranura, seguramente invisible desde abajo, dominaba la mayor parte del vestíbulo.

Ralph estaba en la puerta, que acababa de abrir. Una pareja, ambos envueltos en sendos impermeables, cruzaban el umbral en aquellos instantes.

—Soy John Crockett —dijo el hombre—. Mi esposa Stella...

—Bien venidos, señor y señora Crockett —saludó el impasible mayordomo— Su habitación está ya preparada...

—Usted es Ralph —dijo ella.

—En efecto, señora.

—Bien, Ralph, ¿cuándo empieza el reparto?

El mayordomo respingó ligeramente.

—Señora, ése es un asunto que escapa a mi competencia...

—Cierra el pico, Stella —ordenó el hombre ásperamente—. El reparto empezará a su hora.

—Si los señores tienen la bondad de seguirme, les indicare su habitación —dijo Ralph.

—Sí, ya tengo ganas de cambiarme de ropa.

Ella se había quitado el impermeable, y sacudía sus cabellos con bruscos movimientos de cabeza. South vio que era una mujer de rostro un tanto vulgar, de unos treinta y cinco años y cuerpo abundantemente dotado por la naturaleza. El sentimiento dominante en Stella Crockett, pensó, era la codicia.

Su esposo parecía ateo mayor, de facciones angulosas y mirada poco amable. ¿A qué reparto se habían referido?, pensó, dándose cuenta de que en aquella noche de perros no dejaba de ir de sorpresa en sorpresa.

De pronto, oyó unos nudillos en la puerta.

Volvió el cuadro y cruzó la estancia. Al abrir, divisó a Marjorie, vestida, peinada y sonriente.

—Hola —dijo la joven—. ¿Puedo pasar?

—Claro.

South cerró la puerta a continuación. Marjorie vestía ahora un traje de color gris oscuro, con cuello y puños blancos.

—Es del ama de llaves, pero me sienta como un guante. Ella y yo tenemos el mismo tipo —explicó—. Por eso, incluso, he podido usar su ropa interior.

—Entonces, el ama de llaves es una mujer muy hermosa —elogió el joven.

—Lo fue, quizá. Ahora tiene ya más de cincuenta años, aunque todavía se

conserva bien. Dan, ¿cómo se encuentra usted?

—Desconcertado, porque no había estado jamás en esta casa y, sin embargo, nos esperaban.

—Es curioso, ¿verdad? Yo también me siento muy intrigada... Creo que acaban de llegar nuevos huéspedes.

—Sí, el señor y la señora Crockett. Han hablado algo sobre un reparto, pero ignoro de qué puede tratarse. ¿Sabe usted algo al respecto?

Marjorie hizo un gesto negativo. Sus cabellos, cortos, como de brillantes hilos de metal bronceado, se agitaron un poco. South se sintió repentinamente empequeñecido al verse ante aquella hermosa muchacha, de espléndida figura, tan alta como él, aun con zapatos de tacón bajo, y sonrisa llena de luminosidad.

Era la pura estampa de la vitalidad y el optimismo de vivir..., pero la había encontrado en una situación crítica, nada agradable. ¿Qué le había sucedido?

Ella pareció adivinar sus pensamientos.

—Sé lo que está pensando — dijo—. Dan. por ahora no puedo...

—No le he pedido que me explique nada, Meggy.

—Gracias. —Marjorie sonrió—. ¿Se irá mañana por la mañana?

—Me gustaría agradecer su hospitalidad al dueño de la casa, pero, en efecto, me marcharé después del desayuno. Ya sabe que tiene un sitio en mi coche.

—Está bien. Nos veremos a la hora del desayuno. Dan, quiero decirle una cosa: me siento muy contenta de haberle encontrado en mi camino.

—Al menos, su camino conducía a alguna parte.

Marjorie sonrió hechiceramente.

—No hay que ser tan pesimistas —contestó—. Buenas noches, Dan.

—Buenas noches. Meggy.

South se quedó solo en el dormitorio. Encendió un cigarrillo y se sirvió la segunda dosis de whisky. Era hora de meterse en la cama.

Ralph llamó a la puerta, poco después.

—Su equipaje, señor —dijo.

—Gracias, Ralph. Ah, la señorita Uttman y yo nos iremos después del desayuno.

—Muy bien, señor.

—De todos modos, antes de partir, nos gustaría expresar al señor Rotherdale nuestra gratitud por su amable hospitalidad.

South creyó ver en los pálidos labios del mayordomo una sonrisa.

—Eso será imposible, señor; el señor Rotherdale está muerto —contestó Ralph.

Cuando South quiso reaccionar ante la sorprendente noticia, ya estaba de nuevo solo en el dormitorio.

De repente, le despenó un agudo chillido de mujer.

South se sentó en la cama, sobresaltado. Alguien reprendió a la mujer ásperamente. Ella intentó disculparse.

El hombre la apostrofó con rudeza.

—Bebes demasiado y eso no es bueno —dijo.

—Pero, Stan, anoche yo no...

—Anoche fuiste muy mesurada: sólo vaciaste tres cuartos de la botella —criticó el hombre mordazmente.

—Stan, le juro que le he visto. Estaba en el dormitorio, se asomó a la puerta... La cara parecía de fantasma, verdosa, con luz...

—Oh, cállate ya, maldita estúpida. Ha sido una pesadilla, simplemente. Si no bebieses tanto...

South se preguntó de dónde podían llegar los sonidos tan nítidamente. La discusión entre el matrimonio se canceló con un par de sonoras palabrotas del hombre.

Volvió el silencio. South, un tanto desvelado, encendió un cigarrillo. Cuando terminó de fumar, se sintió invadido de nuevo por una dulce somnolencia. La cama era grande, el colchón, blando y las sábanas, acogedoras. Antes de dormirse, pensó en el difunto señor Rotherdale.

El reparto que habían mencionado los Crockett a su llegada, ¿se refería a la herencia del difunto?

En todo caso, no le concernía. No había visto ni oído hablar jamás de Rotherdale. En cuanto tomase el desayuno, se marcharía con Marjorie.

* * *

Por la mañana, llamaron a la puerta, cuando apenas acababa de terminar el aseo. Era Ralph.

—¿Desea el señor el desayuno aquí o en el comedor? —contestó.

—No quisiera causar más molestias...

—No será ninguna molestia, señor.

—Gracias, Ralph. —De pronto, South tuvo una idea—. ¿Se lo ha consultado ya a la señorita Uttman?

—Ella desayunará en su habitación, señor.

—Iré a vería. En seguida le haré saber mi decisión. Quizá ella acepte mi compañía para el desayuno.

—Bien, señor.

Ralph se dispuso a salir. South recordó algo, de pronto.

—Por favor —llamó—. Anoche me dijo usted que el señor Rotherdale estaba muerto.

—En efecto, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

—Dos meses, señor. El señor Rotherdale falleció a causa de un terrible accidente de automóvil.

South se puso la chaqueta, notablemente intrigado por lo que estaba sucediendo en la casa. Cuando terminó de vestirse, abandonó el dormitorio.

Marjorie le recibió con la sonrisa en los labios, fresca como una rosa.

South apreció que ahora llevaba un vestido de color azul claro, adornado con un cinturón de tela, del mismo color.

—La señora Roberts posee un inagotable guardarropa —explicó—. Me ha dicho que son vestidos que ella ya no usa, y que puedo llevarme lo que desee.

—No está mal —sonrió él—. Ah, por cierto, ¿le importaría que desayunase aquí, con usted?

—Será un placer —accedió ella.

Ralph vino poco después, con una bien provista bandeja, y se retiró discretamente. South se frotó las manos al ver el desayuno.

—Tengo el apetito de un caníbal a dieta de explorador blanco —dijo alegremente.

Tomó un par de sorbos de café. Luego, mientras untaba de mantequilla una tostada, preguntó:

—Meggy, ¿qué le parece esta casa?

—Tétrica. Yo no viviría aquí, por todo el oro del mundo —contestó la muchacha, sin vacilar.

South lanzó una mirada a través de la ventana próxima. El cielo estaba completamente cubierto, aunque no llovía en aquellos momentos. Al otro lado de los cristales, se divisaba un deprimente paisaje de agrestes colinas, cubiertas de vegetación. Algunas hilachas de vapor se deslizaban lentamente entre los árboles y los matorrales.

—Quizá con el sol, esto parezca muy distinto —opinó.

—Es posible, aunque yo no me sentiré tranquila hasta que me encuentre a quinientas millas de aquí —respondió Marjorie.

—¿Lo dice acaso por... por lo que le sucedió anoche?

South la miró fijamente.

Las facciones de la muchacha se tensaron.

—Intentaban asesinarme, y conseguí escapar; es todo lo que puedo decirle por ahora —contestó.

—Lo siento, no pretendía inmiscuirme en sus asuntos privados.

Ella pasó una mano a través de la mesa, y tocó la del joven.

—Es usted un hombre excelente —elogió—. Tuve mucha suerte al encontrarme con usted, anoche.

—Gracias, Meggy.

—Algún día sabrá... —Marjorie sonrió forzadamente—. Bueno, dejemos esto. ¿Más café? Está riquísimo. Dan.

De pronto, se oyeron voces destempladas en el corredor.

—Espero que esto no tarde demasiado. Tengo ganas de volver a mis negocios. Por mucho que me toque en el reparto, aquí estoy perdiendo dinero.

La voz no era ninguna de las que South había escuchado la víspera. Debía de tratarse de un huésped llenado durante la noche. Salvo los minutos en que había permanecido despierto, a causa de las pesadillas de su vecina, había dormido profundamente.

—Tus negocios marchan perfectamente sin ti —dijo una mujer de voz

reposada—. Y no son tan importantes como andas pregonando por ahí. Demasiado sabes que sólo podrás sacarlos a flote con lo que te toque en el reparto.

South y Marjorie cambiaron una mirada.

—¿La herencia de Rotherdale? —apuntó él, en tono apagado.

—Posiblemente, Dan.

—Debía de ser un tipo muy rico. Usted ya sabe que está muerto.

—Sí, me lo dijo la señora Roberts. Se mató con el automóvil.

—¡Fue un asesinato!

Los dos jóvenes respingaron.

La voz había sonado dentro del dormitorio, pero estaban solos.

—Estaba borracho —dijo una mujer.

—Lo hicieron desviarse del camino. Luego vertieron sobre él media botella de whisky, y dejaron el resto en el suelo del coche. Mira, nena, el que se cargó a Rotherdale cometió un tremendo error. Después de que un coche se estrella contra un árbol, a ciento veinte por hora, una botella de vidrio no sigue intacta. Y la botella de la que supuestamente bebió Rotherdale, no se rompió, ¿lo entiendes?

—Si fue así, quién lo mató, Ernie?

—¡Y yo que sé! Mi me importa, ni tengo el menor interés por averiguarlo. Sólo sé que soy heredero de una parte de su fortuna, y que estoy deseando recibir el dinero para largarme de aquí.

—Conmigo, claro.

—Contigo, Belle, seguro.

Marjorie y South volvieron a mirarse.

—Wanda..., quiero decir, la señora Roberts, no mencionó para nada la teoría del asesinato —murmuró ella—. Simplemente, dijo que el señor Rotherdale se había matado en un accidente de automóvil.

—Si era un hombre rico, y había un heredero impaciente...

Ella asintió repetidas veces.

—En tal caso, la teoría del asesinato parece perfectamente plausible —contestó.

—Y ¿quién fue el autor?

—Creo que, egoístamente hablando, es un asunto que no nos concierne. Le diré una cosa, Dan: estoy deseando marcharme de aquí cuanto antes.

—Coincidimos, Meggy —sonrió él.

Minutos después, abandonaban la estancia. South fue a su dormitorio, y recogió el pequeño maletín de viaje. Luego se reunió con la muchacha, y bajaron juntos al vestíbulo, que aparecía completamente desierto.

—No hay nadie —murmuró South.

—Vámonos —pidió Marjorie, repentinamente nerviosa—. Lo siento, pero no quiero permanecer aquí un minuto más.

South abrió la puerta. Su asombro fue grande al ver que su coche no estaba en el lugar donde lo había dejado la víspera.

Antes de que pudiera formular ninguna observación al respecto, sonó a sus espaldas la voz del mayordomo:

—Lo siento, señor, pero no pueden abandonar la casa hasta que se haya procedido a la lectura del testamento del difunto Rotherdale.

Marjorie emitió un gritito de sorpresa. South se volvió lentamente.

—Ralph, la señorita y yo no hemos conocido jamás al difunto señor Rotherdale, nunca hemos tenido la menor relación con él y, por tanto, no nos ha mencionado para nada en su testamento —dijo, con voz firme.

El anguloso rostro de Ralph mostró una súbita sorpresa, que desapareció casi instantáneamente.

Tengo órdenes al respecto, señor —insistió—. Nadie puede abandonar esta casa, quienquiera que sea, hasta después de la lectura del testamento.

—Pero nosotros no. —empezó a decir Marjorie.

—Aguarde aquí, Meggy —la interrumpió el joven—. Le guste o no a Ralph, y aun sin dejar cíe mostrar gratitud por su amabilidad, es preciso hacerle ver que nos vamos a marchar, de todos modos. Buscaré mi coche...

—Ruego al señor no insista. Su coche está en el garaje, pero, cumpliendo órdenes, he retirado las baterías de todos los vehículos —dijo Ralph.

South respingó. Luego, con brusquedad, apartó al mayordomo de un manotazo.

—Buscaré el teléfono y llamaré a la policía. No pueden retenernos aquí, contra nuestra voluntad.

—No hay teléfono en Rotherdale House —dijo Ralph glacialmente.

Los puños del joven se crisparon.

—¡Pero no tienen derecho a retenernos... como prisioneros! —gritó.

—Lo siento, señor.

Ralph se inclinó cortésmente, dio media vuelta y se encaminó hacia una puerta situada al otro lado del vestíbulo. Cuando ya abría la puerta, giró de nuevo.

—No pueden huir a pie —dijo—. Hay una alambrada electrificada en torno a la propiedad.

CAPITULO III

—Esto es absurdo —exclamó Marjorie, cuando se hubo rehecho un tanto —. Nos consideran prisioneros, cuando ni siquiera tenemos la menor relación con el asunto de la herencia.

South permaneció silencioso.

Pensaba.

En Rotherdale House, mejor dicho, en las inmediaciones, se había cometido un crimen. Tenía la impresión de que alguien quería vengar el asesinato y que, por ello mismo, había reunido a los presuntos sospechosos, con el cebo de una apetitosa herencia.

Pero, como decía bien la muchacha, ellos no tenían ninguna relación con el caso. ¿O era, se preguntó, que querían prohibirles la marcha, a fin de que no pudieran hacer público lo que sucedía en aquella casa?

—¿Lo que sucede... o lo que va a suceder? —se preguntó, a media voz.

—¿Cómo? —exclamó Marjorie.

Ralph miró a través de la puerta, que continuaba abierta. El ambiente estaba cargado de humedad, pero no llovía.

—Vamos a ver si es cierto lo de la alambrada electrificada —propuso.

Ella le agarró por un brazo.

—No —dijo—. Esperemos. Aunque yo no me siento aquí muy a gusto, prefiero seguir en esta casa por algún tiempo.

South entornó los ojos.

—Para usted, sospecho, hay fuera algo peor todavía —murmuró.

—Sí —admitió ella.

Pero tío quiso dar más detalles.

—Está bien —dijo South—. Será cosa de aguardar a la lectura del testamento...

—¿También ustedes han venido a buscar su ración? —preguntó repentinamente una mujer.

South y la muchacha se volvieron en el acto. Delante de ellos había una mujer, guapa, muy vistosa, de pelo detonan temen le rubio, con las manos apoyadas en sus opulentas caderas.

—Soy Eva Thorne —se presentó.

Un hombre apareció a continuación, surgiendo de la puerta que daba al salón principal.

—Y «eso» —añadió la mujer irónicamente—, es mi marido. Saluda, Randy.

—¿Qué tal? —dijo el individuo. Tenía unos cincuenta años, y era de apariencia insignificante. South adivinó que estaba dominado por su esposa, diez o doce años más joven.

—Hola —contestó Marjorie. Se presentó y dio el nombre de su acompañante—. Pero no somos herederos de Rotherdale —añadió.

Eva la contempló burlonamente.

—Quizá es que no llegó a conocerla —dijo—. A mí, en cambio, si me conoció... y por eso se acordó de nosotros en su testamento. ¿Verdad, Randy?

Verdad, Eva —contestó el señor Thorne.

Eva movió una mano.

—Ven, Randy, quiero enseñarte una cosa muy interesante —dijo.

Los Thorne cruzaron el vestíbulo, en dirección a una puerta situada en el lado opuesto al salón. Antes de desaparecer, Eva se volvió hacia la pareja y sonrió maliciosamente.

—El difunto Rotherdale fue siempre un hombre muy agradecido hacia las mujeres que supieron... amarle —añadió.

—Debía tener vocación de sultán —comentó South irónicamente.

De súbito, se oyó un terrible chillido.

South y la muchacha miraron hacia la puerta que habían utilizado los Thorne. El grito se repitió.

Thorne apareció de nuevo en la puerta, lívido, desencajado.

—Está... ahí... —señaló con la mano temblorosa—. Está... vivo...

South echó a correr y se asomó a la puerta, que daba a una espaciosa biblioteca. Eva Thorne yacía en el suelo.

Aparte de la mujer, no había nadie más en la biblioteca.

—Ella se desmayó... —agregó Thorne—. Dios mío, ha sido una horrible visión...

Marjorie se arrodilló junto a Eva.

—Ha perdido el conocimiento —dijo—. Buscaré un poco de agua... —Se volvió hacia Thorne—. ¿A quién han' visto? —preguntó.

—Rotherdale... Estaba allí, en pie, junto a la mesa...

De pronto, las rodillas de Thorne se doblaron y cayó al suelo, desmayado como su mujer.

Arriba, en el primer piso, se oyó otro alarido:

—¡Stan, Stan! ¡Míralo, está aquí!

South y Marjorie abandonaron la biblioteca. En el primer piso, la mujer continuaba chillando histéricamente.

—¿Hemos venido a parar a una casa de locos? —murmuró el joven.

—Sera mejor que vayamos a ver qué sucede —propuso Marjorie—. Los Thorne se han desmayado, y se recobrarán por sí solos.

South echó a correr escaleras arriba, seguido de cerca por la muchacha. La voz de la mujer se había transformado en un murmullo ininteligible.

Cuando llegaban a lo alto del corredor, se abrió una puerta y apareció un hombre, en mangas de camisa.

—No hace taita que se molesten —dijo—. Mi mujer está un poco nerviosa, eso es todo. Yo la atenderé, no se preocupen.

—Bien, si es así... Yo soy Dan South. Ella es Marjorie Uttman, señor...

—Hawkins, Stanley Hawkins —contesto el sujeto. Retrocedió y cerró de golpe, dejando a los dos jóvenes sumidos en un profundo desconcierto.

—Dan, ¿qué sucede aquí? —preguntó Marjorie, a media voz.

—No lo sé —contestó él—. Pero quizá sepamos algo, cuando se haya leído el testamento, ceremonia que, por cierto, ignoro cuándo se va a celebrar.

—Y a la que, por supuesto, vamos a asistir contra nuestra voluntad —agregó la muchacha, nada complacida por lo que estaba sucediendo.

* * *

—El testamento se leerá hoy, de la noche no puede pasar —dijo el señor Hawkins.

—Sí, pero ¿quién lo tiene? ¿Quién lo leerá? —quiso saber su esposa.

South había encontrado un libro en la biblioteca, y se había retirado a su dormitorio. Las voces de los Hawkins llegaban a sus tímpanos con absoluta nitidez.

El suceso llamó nuevamente su atención. Dejó el libro a un lado, y se acercó al lugar de donde llegaban los sonidos.

Era la chimenea, ahora ya no cabía la menor duda. Agachándose en silencio, metió la cabeza en el hueco, con el encendedor a punto.

La llama iluminó un cañón muy amplio. Seguramente, al otro lado, había una chimenea idéntica. El mismo cañón servía para dos fuegos. Por eso percibía los sonidos con toda claridad.

—A mí no me importa quién lo lea, con tal de que sea hoy, y nos den el dinero cuanto antes—dijo Hawkins.

—Un momento. Stan —exclamó ella—. Tenemos que discutir este asunto muy seriamente.

—¿Qué quieres decir, Celia?

—¿A cuál de los dos debía gratitud Rotherdale?

—Celia, mujer...

—Tú lo consentiste todo, por conveniencia. Pero la que tenía que aguantar a Rotherdale era yo.

—Claro, no le gustaban los hombres —se burló Hawkins.

—Eres despreciable. Stan...

—No me vengas ahora con remilgos. Celia. Sabes muy bien lo que hubiera sucedido, si yo me hubiese mostrado intolerante. Con Rotherdale no se podía jugar; había que hacer lo que se le antojaba o dedicarse a la mendicidad. A ninguno de los dos nos convenía, ¿verdad? Pero a ti aún menos que a mí, porque hubieras acabado buscando clientes a dólar la hora, en las callejuelas del puerto...

Sonó una restallante bofetada. South abandonó su puesto de escucha.

—Tendré que poner una manta en la boca de la chimenea, para no oír a un matrimonio «bien avenido» —se dijo humorísticamente.

En el mismo instante, se oyó la campanilla de llamada.

South corrió hacia el cuadro, y lo hizo girar a un lado. Ralph cruzaba el vestíbulo en aquel momento.

Abrió la puerta. Un hombre bien vestido, fornido, de facciones duras, se hizo visible.

—Señor —dijo Ralph.

—Busco a una mujer. Se llama Marjorie Uttman.

—Lo siento, señor. Aquí no vive ninguna mujer de ese nombre —contestó Ralph.

El desconocido sonrió torvamente.

—Bien, eso lo vamos a ver ahora mismo —dijo.

Y sacó un revólver de cañón corto.

—Entraré en la casa...

—Dispense, señor; quizá esa señora ha llegado sin que yo lo sepa... Por favor, aguarde un momento aquí; avisaré al ama de llaves...

El visitante sonrió, satisfecho, mientras Ralph se acercaba a la pared de la entrada, de la que pendía un cordón con una gruesa borla de flecos.

—No, si ya lo decía yo... Para convencer a la gente, nada mejor que este cacharrito...

Ralph tiró del cordón. Entonces, un trozo del suelo, de algo más de un metro cuadrado, giró bruscamente hacia abajo.

El individuo gritó un poco y desapareció de la vista de South. Un segundo más tarde, el suelo había recobrado su aspecto normal.

Alguien apareció en el vestíbulo.

—¿Quién era, Ralph? —preguntó la mujer.

—Nadie, señora Roberts. Quise decir que se trataba de un viajero extraviado. Le he indicado el camino, y se ha marchado, eso es todo.

South se quedó maravillado del cinismo que mostraba el mayordomo, que no perdía su impasibilidad un solo instante. Desde el lugar en que se hallaba, no podía ver al ama de llaves, pero se dio cuenta claramente de que la señora Roberts aceptaba como buena la explicación del mayordomo.

—Está bien, Ralph, pero no olvide que la lectura del testamento es a las siete de la tarde —dijo Wanda.

—Sí, señora. Sin embargo, me permitirá recordarle que los Mac Auliss no han llegado todavía.

—Ya llegarán y, en todo caso, peor para ellos, si no están presentes en la ceremonia.

—Muy bien, señora.

Wanda se retiró. Desde su observatorio, South pudo ver que Ralph miraba hacia abajo, y sonreía de una forma que le causó escalofríos.

Al cabo de unos instantes. Ralph abandonó el vestíbulo, con paso mesurado y la expresión de un hombre absolutamente inocente. South pensó que Marjorie debía estar enterada de lo que sucedía.

* * *

La muchacha recibió una enorme sorpresa al enterarse de lo acaecido.

¿Dice que aquel hombre venía a buscarme, Dan? —Sí, en efecto. Lo oí claramente y luego vi que... ¿Adónde habrá ido a parar?

—¿No le parece que la pregunta correcta seria adónde hemos ido a parar nosotros?

—El hombre la buscaba a usted, Meggy.

Ella se mordió los labios un instante.

—¿Cómo era? —preguntó.

South le hizo una descripción física del sujeto.

—Sí, tenía que ser él —murmuró la joven—. Kade el Diablo.

—¿Cómo? —se asombró South.

—Es todo lo que sé de él, quiero decir, respecto a su identidad.

South dirigió a la muchacha una mirada penetrante. Ella se ruborizó fuertemente.

—Por favor, Dan, no me haga preguntas —suplicó Marjorie—. No quiero explicar todavía nada...

—Está bien, no se preocupe. Por lo que yo sé, ya no tiene que temer nada de ese Kade.

—¿Cree que está muerto?

—¿Por qué no vamos a comprobarlo?

Marjorie dudó un instante.

—Sí, vamos —accedió, por fin.

Abandonaron la estancia en silencio. Cuando bajaban por la escalera, South recordó algo.

—Meggy, Ralph nos ha mentido —dijo.

—¿Como lo sabe?

—Kade llegó hasta la casa. Entonces, ¿dónde está la valla electrificada? Si no se puede salir de aquí, tampoco se puede entrar, ¿verdad?

—Tendremos que comprobarlo, Dan.

—Sí, lo haremos.

Momentos después, llegaban junto a la entrada. South dio un consejo a la muchacha, cuando ya tenía el cordón en la mano.

—Sobre todo y vea lo que vea, no grite —aconsejó.

Marjorie asintió. South tiró del cordón, y la trampa se abrió hacia abajo.

La luz del vestíbulo alumbró durante unos instantes el suelo del subterráneo que había debajo. South divisó unas cuantas puntas muy agudas, largas casi como sables, agrupadas en un espacio de pocos decímetros cuadrados, en las que había algo que les hacía perder parcialmente su brillo.

CAPITULO IV

Cuando el suelo hubo recobrado su aspecto habitual, Marjorie lanzó un hondo suspiro. Pero antes de que pudiera decir nada, se oyó la voz del ama de llaves:

—¿Llamaban los señores?

South se volvió. Wanda Roberts, alta, delgada, de pelo lustroso y mirada inquisitiva, estaba a seis u ocho pasos de distancia.

—No. en realidad no habíamos llamado —sonrió el joven—. Simplemente, se me ocurrió tirar del cordón... para avisar a alguien de la casa que la señorita y yo vamos a salir a dar un paseo.

—Está bien, señor; pero no olviden la alambrada electrificada.

Mientras hablaba. Wanda tenía las manos en los amplios bolsillos de la bata de faena que vestía. South se preguntó si no escondía un arma en uno de dichos bolsillos.

Wanda dio media vuelta. South abrió la puerta.

Vamos a comprobar si es cierto eso de la valla eléctrica —murmuró a media voz.

El ambiente era desagradable, debido a la humedad. Las nubes, todavía bajas, se movían lentamente en las alturas.

Desde el umbral. South apreció el círculo de espesa vegetación que rodeaba la casa, altos matorrales, muy frondosos, a una distancia media de cincuenta o sesenta metros. El camino era perfectamente visible, aunque resultaba muy angosto, debido, precisamente, a la vegetación del lugar. Sólo se veía el principio, ya que a unos veinte metros de la embocadura torcía bruscamente en una curva muy pronunciada.

—Esto me recuerda el palacio de la Bella Durmiente —dijo, mientras avanzaban lentamente a través de la explanada.

—¿Cómo? —preguntó Marjorie.

—Sí, mujer. Después de que la princesa se quedó dormida, el palacio fue rodeado por un espeso bosque, con gran cantidad de matorrales, que sólo cayeron al suelo cuando, cien años más tarde, el Príncipe Azul fue a cazar y se extravió por aquellos parajes. La entrada quedó despejada y...

—Sí, ahora recuerdo. Pero aquí hay una entrada...

—V una valla eléctrica —exclamó South, con voz tensa.

La valla era perfectamente visible. Atravesaba el camino, perdiéndose entre los matorrales de los lados. Un poco más allá, había un rótulo, situado sobre un poste de cemento, cubierto en parte de plantas trepadoras.

—Debe de ser el aviso para los que llegan —supuso.

—Pero anoche la entrada estaba libre —alegó la muchacha.

—Si ahora está cerrada, debe ser porque los herederos están ya en la casa. Aunque, según he oído decir a Ralph, falta todavía el matrimonio de los Mac Auliss.

—Dan, nosotros no tenemos nada que ver con todo esto. ¿Por qué nos retienen?

—Voy a hacerle una sugerencia: dejemos que pase el tiempo de la lectura del testamento. Luego iremos en busca de Ralph, y le plantearemos el asunto con toda rudeza. Y si se niega... bien, será cosa de obligarle a que nos deje marchar. ¿Le parece bien?

—Sí, Dan.

—Volvamos a la casa. Actúe con entera normalidad.

—Conforme.

Cuando llegaban a la casa, ella dijo:

—Se me ocurre una idea, Dan. La señora Roberts parece más asequible que ese mayordomo de cara de piedra. ¿Quiere que trate de sonsacarle?

—Podría resultar interesante, pero sea discreta.

—Lo seré. Dan.

—Y recuerde que la buscan.

Marjorie se estremeció.

—Lo sé —dijo con voz sorda—. Pero Wanda no sabe nada del tipo...

—Por si acaso, no se fíe. Ralph dijo que se trataba de un viajero extraviado, pero habló en el vestíbulo, como si supiera que alguien podía escucharle. Quizá Juego se lo dijo, ¿comprende?

—Desde luego. Confíe en mí, Dan.

South la miró, maravillado.

—Es la primera vez que una chica bonita me dice algo semejante —exclamó.

Marjorie se ruborizó.

—No soy tan bonita —contestó.

South no quiso seguir adelante, pero, en su fuero interno, se dijo que no había visto, hasta el momento, una chica tan preciosa como Marjorie Uttman. Pero ¿por qué la perseguían? ¿De dónde había huido, sin importarle su desnudez ni la tromba de agua que caía en aquellos momentos?

—Iré a la biblioteca a buscar un libro —dijo.

Se separaron. En la biblioteca, South vio a un tipo sentado ante una mesa, hojeando un libro con aire complacido.

—El viejo Rotherdale tenía gustos muy extraños —sonrió—. Soy Ernie Stetson, aunque no el de los sombreros de cowboy —añadió, riendo fuertemente—. Oiga, ¿le gusta la pornografía? Aquí hay una colección muy completa de libros, con muchas ilustraciones...

South hizo una mueca de desagrado.

—Me gustan mucho las mujeres, pero no ciertas cosas —respondió—. Ah, me llamo Dan South.

—¿También dispuesto a recibir su parte?

—Yo no tengo nada que ver con este asunto. No conocí al difunto Rotherdale.

—Entonces, ¿qué diablos hace aquí?

South suspiró.

—Eso me gustaría también saber —contestó.

* * *

Los huéspedes, en general, permanecían durante el día en sus habitaciones. South estuvo un buen rato en la suya, oyendo a veces las discusiones de sus vecinos. Hasta el momento, se dijo, había cuatro matrimonios. Faltaba el quinto, que no había dado seriales de vida todavía.

Una cosa parecían tener aquellos matrimonios en común: las relaciones de las mujeres con el difunto Rotherdale. ¿Qué clase de hombre había sido éste?

Indudablemente, muy rico y. además, habituado a satisfacer todos sus capricho. Por lo visto, le habían tentado las mujeres casadas, esposas de aquellos hombres que debían de haber tenido relación de negocios con él. Seguramente, pensó, más que la lujuria, Rotherdale había querido satisfacer su orgullo, su amor propio, humillando a los maridos deliberadamente... ¿por qué?

Había pasado ya el mediodía. Marjorie no había dado señales de vida desde que se separaron. South decidió ir a verla.

Momentos después, llamaba a la puerta de su dormitorio. La muchacha no contestó.

Intrigado, abrió. El dormitorio estaba vacío.

Bajó al salón. Los Thorne le saludaron cortésmente, aunque sin entusiasmo, y declararon no haber visto a la muchacha.

Se dirigió a la biblioteca. Belle Stetson estaba allí. Era guapa, abundante de carnes y mirada ávida.

—No, no está, pero... yo puedo sustituirla —dijo, desvergonzadamente.

—No me llamo Rotherdale —contestó South.

Belle lanzó una fuerte carcajada.

—Muy ingenioso —comentó—. Pero Rotherdale no fue el único.

—Dígale eso a su marido, ¿quiere? —contestó el joven malhumoradamente.

De la biblioteca fue a la cocina, amplia y bien provista de todo lo necesario para servir a dos docenas de huéspedes. Wanda estaba allí, con un delantal, pelando patatas.

—Busco a la señorita Uttman —dijo.

—No está aquí —respondió el ama de llaves con acento indiferente.

—¿La ha visto usted?

—No, señor.

—Esta mañana...

—Sí, habló unos minutos, conmigo pero ya no he vuelto a verla, señor.

South puso las manos en las caderas.

—Señora Roberts, ¿puede explicarme por qué se nos retiene en esta casa contra nuestra voluntad? Ni la señorita Uttman ni yo tuvimos jamás la menor

relación con el difunto Rotherdale. No esperamos ser mencionados en su testamento...

—¿Por qué no le dice todo eso al mayordomo, señor? Él es quien se ocupa de que todo suceda como dejó dispuesto el difunto señor Rotherdale en su testamento. Yo soy solamente una sirvienta.

—Creí que era el ama de llaves.

Wanda hizo una mueca.

—Puesto que estoy sola, tengo que desempeñar todos los papeles: doncella, cocinera... y ama de llaves, naturalmente. Señor. Ralph tiene su cuarto en el ático, segunda puerta a la derecha. Seguramente, lo encontrará allí, si es que insiste en hablar con él.

—¡Claro que insisto!

South dio media vuelta, conteniendo difícilmente la r ira que sentía, y corrió hacia los pisos superiores. Al final del corredor había una puerta, en la que se iniciaba una angosta escalera, que conducía al ático.

Llegó al dormitorio de Ralph y llamó con los nudillos. Cuando observó que el mayordomo no contestaba, hizo girar el picaporte y abrió.'

Creyó que se quedaba sin respiración. Ralph yacía en la cama, recto, rígido, absolutamente inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡Muerto! —exclamó, sin poder contenerse.

Durante unos segundos permaneció en el mismo sitio, con la vista morbosamente fija en el mayordomo. De pronto, reparó en algo que había sobre la mesilla de noche.

Avanzó paso a paso. Sus ojos contemplaron críticamente la jeringuilla de inyecciones, la goma para hacer presión en el brazo, el trozo de algodón empapado en alcohol.... la ampolla vacía.

Puso uña mano en el rostro casi amarillento del mayordomo. Sí, había algo de calor. No estaba muerto; simplemente, se hallaba bajo la acción de la droga.

—Lo que nos faltaba —murmuró—. Un mayordomo drogadicto...

De repente, concibió una idea.

Ralph, era evidente, se hallaba bajo la acción de la droga. ¿Por qué no intentar la huida, aprovechando una ocasión tan magnífica?

Pero no podía marcharse sin Marjorie. Abandonó el cuarto en silencio, y descendió al primer piso.

Marjorie seguía sin aparecer. South empezó a sentirse aprensivo respecto de la muchacha.

De pronto, oyó voces destempladas en la habitación contigua. Los Thorne se dedicaban al bonito deporte de apostrofarse mutuamente, empleando vocablos escasamente académicos. Los insultos que se prodigaban tenían una singular variedad y riqueza de conceptos.

Meneó la cabeza.

—Es bien cierto —murmuró—. El dinero no hace la Felicidad...

Aunque en el caso de los Thorne, quizá la falta de dinero era el- origen de

su infelicidad.

De pronto, resonó un agudo chillido.

—¡Randy! ¡Te estoy hablando! ¡Contéstame, diablos! ¿Dónde te has metido?

South oyó un extraño gañido. Volvió la cabeza y, asombrado, vio a Thorne frente a él. Thorne no estaba menos asombrado.

—Esto parece cosa de brujería —dijo el individuo.

—¿Atraviesa usted las paredes? — preguntó South.

Eva seguía chillando. Thorne miró, atónito, a derecha c izquierda.

—Oiga, yo no estoy en mi dormitorio, pero oigo perfectamente a mi esposa. ¿Qué diablos sucede?

—Las chimeneas se comunican.

—Oh... —Thorne se sonrojó—. Entonces, habrá oído nuestra discusión.

—No pees te apenas atención. Los asuntos íntimos de matrimonios no me interesan.

—Muy amable...

Thorne se quedó con la palabra en la boca, porque el suelo en que se hallaba giró, junto con un trozo de pared. Entonces fue Eva la que apareció frente al joven.

—¡Randy! —chilló—. Eh, usted no es mi marido...

South sonrió.

—Cosa que lamento profundamente —dijo—. Señora, su esposo está al otro lado.

Eva tenía la boca abierta. South se acercó a la pared, y empujó con una mano. La mujer desapareció de su vista y el muro, situado a un metro de la chimenea, volvió a recobrar su apariencia primitiva.

Los chillidos de Eva se reprodujeron. De pronto, sonó una bofetada.

—¡Cállate, maldita zorra! Se oye todo desde la habitación contigua —dijo Thorne.

South se sintió nuevamente preocupado. Marjorie no aparecía. De repente, se le ocurrió que en su cuarto podía haber una puerta secreta semejante a la que acababa de ver en funcionamiento.

Corrió fuera del dormitorio. Instantes después, estaba en el suyo. Teniendo en cuenta la existencia de aquella singular puerta giratoria, era de suponer que fuesen cuatro las habitaciones iguales.

Tanteó con las manos en el punto donde calculó podía hallarse la puerta. De pronto, oyó un chasquido.

Un lienzo de pared giró de la forma que ya conocía. Sonó un grito. Marjorie saltó hacia adelante, se situó en la plataforma que formaba la base de la puerta, y cayó en brazos del joven.

CAPITULO V

South procuró calmar los nervios de la atribulada muchacha. Al cabo de unos momentos, Marjorie pareció sentirse mejor.

—He pasado unos momentos horribles... Creí que iba a quedarme allí para siempre, emparedada... muriendo lentamente de hambre y sed... como el desgraciado...

—¿Qué? —dijo South.

—Hay un esqueleto al otro lado, Dan.

South frunció el ceño.

—Eso no puede ser —contradijo.

—Dan, yo lo he visto... He pasado horas enteras en su compañía...

—Pero ¿no hay otro dormitorio al lado? —exclamó él, desconcertado.

—No. Es un calabozo... Parece cosa de la Edad Media...

—Resulta extraño. Yo he encontrado una puerta idéntica, y daba al dormitorio de los Thorne... Pero cuénteme primero qué le ha pasado.

—Vine a verle, pero usted no estaba. Esperé unos minutos y. cuando me disponía a abandonar el dormitorio, escuché pasos de una persona que se acercaba. Retrocedí instintivamente, mi espalda chocó contra la pared y, de repente, me encontré al otro lado.

—Meggy, ¿no se le ocurrió presionar en la pared con las manos, para hacer que la puerta girase de nuevo?

—Sí, pero, por lo visto, el mecanismo actúa solamente desde este lado —respondió la muchacha.

South entornó los ojos.

—Vamos a hacer una prueba —dijo.

—¡No, Dan!

—Calma —sonrió él—. Esta vez no habrá peligro. Y no levante tanto la voz; recuerde que... las paredes oyen.

Ella asintió. Entonces, South agarró una silla y se acercó a la pared.

—Empuje, Meggy —dijo.

La muchacha hizo presión con las manos. Cuando la puerta estaba a la mitad de su giro, South colocó la silla y bloqueó la posición del mecanismo. Ahora quedaba un espacio de unos treinta centímetros al otro lado de la puerta, suficiente para poder pasar, moviéndose en sentido lateral.

South se deslizó al otro lado. Entonces comprendió el pánico de la joven.

Sí, aquello era un calabozo, no mayor de tres metros de lado, situado a dos del suelo. Debajo del ventanuco, se veía el esqueleto de un hombre, sentado, cubierto todavía por algunos jirones, de ropa.

South se estremeció al pensar en la agonía del desdichado, encerrado en aquel cubículo, en la más absoluta soledad, muriendo lentamente de hambre y sed, y sin que sus gritos, en demanda de socorro. Fuesen escuchados por ninguna persona. ¿Cuánto tiempo hacía de su fallecimiento?

Muchos años, fue la respuesta que se dio a sí mismo, ya que sólo quedaban sus huesos descamados. Tal vez sus restos habían sido devorados por las ratas... pero ¿quién había cometido aquel asesinato de tan refinada crueldad?

Dominando sus aprensiones, se arrodilló junto al esqueleto. En sus ropas no encontró un solo papel, ni siquiera una pluma. Tal vez, su asesino le había desprovisto de medios para evitar que pudiese dejar escrito un mensaje póstumo. Aunque si lo había hecho en un papel, las ratas se habían encargado de hacerlo desaparecer.

Lo único que encontró fue un grueso anillo, con una enorme piedra, en su dedo anular. Con gran cuidado, quitó el anillo y se situó bajo el ventanuco para examinarlo con más detenimiento.

—¿Qué es eso? —preguntó Marjorie.

—Venga y lo verá.

Ella se acercó aprensivamente. El anillo era muy atractivo, formado por una esmeralda de buen tamaño, en una extraña montura, que sostenía también siete rubíes en círculo. La montura era grande, elaborada con singular buen gusto y refinado arte.

—Yo lo vi antes..., pero no me atreví a tocarlo...

South lanzó una mirada al esqueleto.

—Las ropas son actuales, quiero decir que no tienen más de diez años. No se trata de un crimen cometido en la antigüedad, sino un suceso ocurrido en un plazo comprendido entre cinco y diez años.

—Pero ¿quién es el muerto?

—Salvo el anillo, y no tiene ninguna inscripción, no hay datos que permitan identificarle. Lo único que parece seguro es que murió aquí, de hambre y sed.

Marjorie sintió un escalofrío.

—Debió de ser algo horrible...

South guardó el anillo.

—Quizá un día podamos identificar a este desgraciado —dijo—. Entretanto, creo que le conviene saber una cosa: Ralph es un drogadicto.

—¿Cómo? —dijo Marjorie, estupefacta.

—Yo lo he visto en su dormitorio...

El joven explicó los resultados de la visita aconsejada por Wanda. Marjorie sintió que sus preocupaciones subían de punto.

De pronto, agarró con mano nerviosa el brazo de South.

—Dan.

—Sí, Meggy.

—Ahora que Ralph está bajo los efectos de la droga, ¿por qué no aprovechamos para escapar?

El joven meditó unos instantes. Marjorie añadió:

—Podemos buscar la batería de su coche y el interruptor de la valla electrificada...

Súbitamente se oyó un ligero chasquido.

South volvió la cabeza. Alguien había retirado la silla, y la puerta secreta giraba nuevamente, para dejar el muro en su situación habitual.

Saltó, hacia adelante, pero todo fue inútil. La puerta terminó su giro, y cuando ya la rozaba con las yemas de los dedos.

La comprensión de la terrible situación en que se encontraba entró, con fulgurante rapidez, en su mente. Al igual que aquel desdichado, cuyos huesos blanqueaban siniestramente en la penumbra del cubículo, ellos también morirían de hambre y sed.

* * *

¿Marjorie se sentía a punto de desfallecer. South la agarró por un brazo.

—Calma —aconsejó—. No perdamos los nervios, sería peor.

—Oh, Dan, vamos a morir aquí... —gimió la muchacha.

—Todavía estamos vivos —dijo él, ceñudo—. Y hemos almorzado incluso. Podemos resistir bastante tiempo y ahora hay gente en la casa. A este desdichado lo abandonaron aquí, dejándolo completamente solo. Si gritó, nadie escuchó sus demandas de socorro. Pero ahora las circunstancias son completamente distintas, ¿lo entiende?

Marjorie se esforzó por dominar sus nervios.

—Sí —contestó—. Dan, ¿cuándo empezamos a gritar...?

—Espere un momento. — South consultó su reloj—. Son las cuatro de la tarde. Hasta la lectura del testamento faltan tres horas. Antes de quedarnos afónicos gritando, es preciso intentar ver qué podemos hacer para salir de aquí.

—Yo lo intenté antes y no conseguí nada... Han sido las horas más amargas de mi vida...

—Si dejamos de lado lo que le sucedió anoche.

Marjorie se puso encarnada.

—Algún día le contaré..

—No le he preguntado nada. Dígame, ¿vio al tipo que retiró la silla?

Ella hizo un gesto negativo.

—No. Sólo pude ver que la puerta se cerraba...

—Hay alguien a quien no le conviene nuestra presencia en la casa. Pero otros, en cambio, no quieren que nos marchemos.

South se acercó a la pared, y empujó fuertemente con las dos manos. La puerta permaneció inmóvil, pese a sus esfuerzos, a pesar de que hizo presión en los dos bordes.

Situado sobre la plataforma giratoria, saltó con fuerza unas cuantas veces, abrigando la esperanza de hacer funcionar el resorte. Pero la puerta siguió obstinadamente cerrada.

Al cabo de unos momentos, desanimado, cesó en sus esfuerzos.

—Esto no puede ser —dijo, furioso.

—¿Qué es lo que no puede ser, Dan? —preguntó Marjorie.

—Toda puerta que se abre, debe cerrarse...

—Las puertas corrientes de nuestros dormitorios sólo se abren en una dirección.

South se mordió los labios.

—Es cierto —murmuró.

Pero, entonces, ¿por qué la puerta secreta del dormitorio de Marjorie giraba en los dos sentidos?

Un tanto excitado, empezó a golpear las piedras que formaban el marco de la puerta secreta. Tal vez había un mecanismo distinto...

Golpeó con las palmas de las dos manos, simultáneamente, procurando seguir los contornos de la puerta. De súbito, sintió que una de las piedras se hundía ligeramente bajo su impulso.

—¡Dan! —gritó Marjorie.

South ovó un chasquido a sus espaldas. Volvió la cabeza, y divisó un negro hueco en el suelo, de más de un metro de lado.

—Mire —exclamó ella.

South se acercó al hueco. El suelo había cedido en ángulo de cuarenta y cinco grados, y permanecía en la misma posición. Volvió la cabeza. La piedra que accionaba el resorte seguía hundida con respecto al nivel general del muro.

La trampa inclinada se prolongaba en una rampa, cuyo final era apenas visible, a causa de la oscuridad que reinaba en el plano inferior. South se preguntó si no habría allá abajo unas puntas de acero, como las que habían atravesado el cuerpo de Kade.

Pero, en todo caso, era su única salida.

—Espere unos minutos —dijo, a la vez que se tendía de bruces en el suelo, con la cabeza casi dentro del hueco.

Al cabo de un rato, sus pupilas estaban acostumbradas a la oscuridad, y pudo ver que no había peligro en deslizarse por aquella rampa.

—Yo bajaré primero —dijo.

Sentado en el borde, tomó impulso y se dejó resbalar, hasta que sus pies tocaron el suelo. Entonces, oyó un fuerte chasquido.

La luz que provenía de la trampa se extinguió de golpe. South levantó la vista instintivamente.

La trampa se había cerrado de nuevo.

* * *

Durante unos segundos se sintió profundamente desconcertado. Luego, comprendió que el impacto de sus pies había accionado el resorte de cierre. Encendió su mechero y lo mantuvo en alto sobre su cabeza, a fin de inspeccionar el interior de aquel subterráneo.

De pronto, vio algo que le dejó sin respiración.

Kade yacía en un rincón, encogido sobre sí mismo, con las ropas cubiertas

de sangre ya seca. ¿Lo había traído Ralph después de hacerle caer en aquella mortífera trampa?

Era de presumir que no había utilizado la puerta secreta del dormitorio. Por tanto, aquel subterráneo tenía otra salida.

Entonces divisó un candelabro adosado a uno de los muros. Había varias velas y las encendió.

Casi en el acto, oyó un ruido. La trampa se abrió de nuevo. Marjorie se lanzó por la rampa y cayó al suelo, sollozando histéricamente.

—Dan, Dan...

South corrió hacia ella.

—Vamos, vamos, tranquilícese. Usted es una chica lista; ha sabido recordar la forma en que se abría la trampa...

Arrodillado en el suelo, atrajo a Marjorie contra su pecho. South se asombró de sí mismo. Nunca se hubiera creído capaz de actuar de forma tan serena, con tanta sangre fría. El hecho de tener en sus brazos a una hermosa mujer, que se sentía afligida y desvalida, le llenó de un legítimo orgullo.

—Dan, quiero irme de aquí cuanto antes... No podemos continuar en esta horrible casa un minuto más... —dijo Marjorie, entre hipidos y suspiros.

—Lo intentaremos —contestó él—. Pero ahora debemos salir del sótano.

Se puso en pie y la ayudó a levantarse. De pronto, tiró de ella nuevamente hacia su pecho.

—No mire atrás —ordenó.

Los ojos de Marjorie estaban muy abiertos.

—¿Qué hay, Dan?

—Él cadáver de Kade.

Ella se estremeció con fuerza.

—Entonces... ha muerto...

—Sí. Y, vea, hay una salida.

Marjorie divisó una escalera de peldaños de piedra, situada en el extremo opuesto del sótano. Estaba dividida en dos tramos, el primero perpendicular y, el segundo, adosado a la pared. Terminaba en una puerta de madera, de recios tablones.

—Venga —dijo, tomándola por una mano.

Llegaron al descansillo superior. South vio un pomo y entregó la vela a la muchacha.

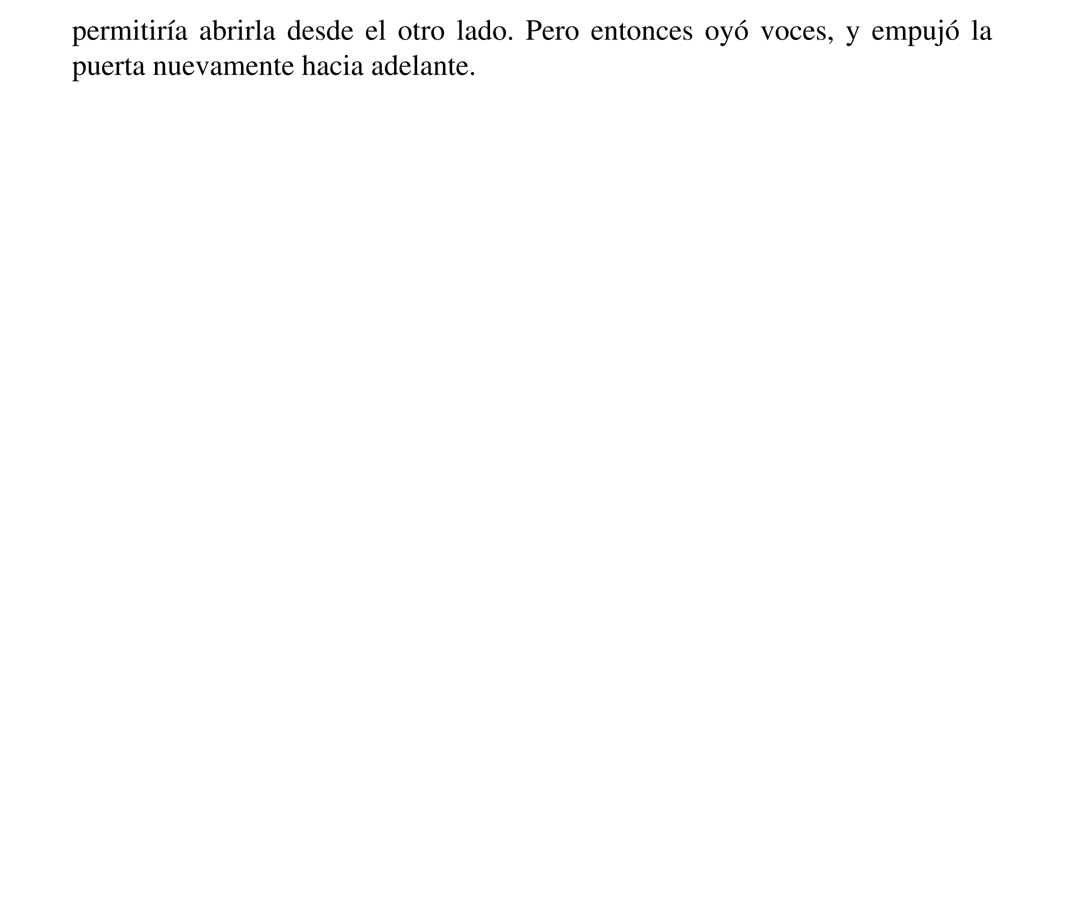
—Alúmbreme, por favor.

Agarró el pomo con las dos manos. Su sorpresa fue grande, porque creía que la puerta iba a oponer una fuerte resistencia, pero, ante su asombro, giró con toda facilidad, en silencio, sin el menor chirrido.

South apreció el extraño grosor de aquella puerta, y vio que se debía a que formaba parte de un armario. Sin abrirla totalmente, por precaución, pudo darse cuenta de que se hallaba en la entrada de la biblioteca.

La puerta, adivinó, era parte de una de las estanterías. Antes de hacerla girar por completo, procuró estudiar el mecanismo que, sin duda alguna,

permitiría abrirla desde el otro lado. Pero entonces oyó voces, y empujó la puerta nuevamente hacia adelante.



CAPITULO VI

Marjorie le miró inquisitivamente.

—Hay gente al otro lado —murmuró él.

Eran hombre y mujer. South había dejado una ranura, a fin de poder escuchar lo que hablaba la pareja.

—Estoy deseando largarme de aquí, Ernie —decía ella en aquel instante.

—Eso nos pasa a todos —rió el hombre—. Pero no nos vamos. Somos unos insensatos. Si tuviésemos dos dedos de frente, escaparíamos, aunque fuese a pie.

—Rotherdale nos menciona en el testamento...

—¿Y cómo podemos saberlo? Aún no se ha procedido a la lectura, Belle. Sólo sabemos que se nos citó en esta casa para conocer la última voluntad de Rotherdale. Presumimos que su fortuna se va a repartir entre todos, pero no hay pruebas fiables de que vaya a suceder tal cosa.

—Entonces, ¿qué objeto tiene reunimos en su casa?

—Yo te lo diré, Belle. Rotherdale fue siempre un tipo ruin y vengativo. Tuvo dinero, es cierto, pero careció de lo que otros teníamos: decencia, dignidad...

Ella lanzó una risa burlona.

—Decencia, dignidad... ¡Bah, palabras sin sentido! Ninguno de nosotros hemos conocido esos sentimientos, ni los hombres ni las mujeres. Bastaba que Rotherdale levantase un dedo, para que una de nosotras fuese a su cama, sin rechistar. En cuanto a vosotros, los hombres, ninguno tuvo un ápice de dignidad para oponerse a los deseos de aquel canalla... Es probable que quisiera compensamos algo por lo que nos hizo..., pero tampoco estoy muy segura de que no se trate de una venganza. Rotherdale sabía que todos le odiábamos, los hombres y las mujeres...

—Pero yo no lo maté —exclamó Stetson, descompuesto.

—No le acuso de su muerte, querido. Oficialmente, fue un accidente. Pero alguien lo asesinó. Y yo me alegro de que Rotherdale reventase en su coche. Estaba harta de aguantar su repugnante lujuria, ¿comprendes?

—No lo parecía entonces —observó él.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué puedes saber de lo que piensa una mujer, en determinadas circunstancias? Si hubieses sido más hombre...

—Si hubiese hecho lo que tú querías, nos habríamos visto de patitas en la calle. Tenemos una casa magnífica, dos coches, lujos... Lo hubiéramos perdido, ¿comprendes?

Hubo un momento de silencio. South comprendió que los dos esposos parecían sumidos en sus reflexiones.

De pronto, ella dijo:

—Será mejor que subamos a nuestro dormitorio. Hemos de cambiarnos de ropa. Antes de una hora debemos reunimos en el salón.

—Sí, vamos —contestó él.

Segundos después, South se arriesgó a asomar la cabeza.

—El paso está libre —anunció.

Marjorie respiró, aliviada, al verse en un espacio despejado.

—Me siento otra —confesó—. Dan, ¿Qué hacemos ahora?

—Usted debe subir a su habitación y arreglarse un poco —aconsejó él.

—Sí, me conviene. ¿Y usted?

South elevó la mirada hacia el techo.

—Voy a ver si Ralph está despierto —respondió.

—Cuidado —dijo ella, aprensiva.

Salieron de la biblioteca. Marjorie se quedó en su cuarto. South siguió hasta el ático.

Un cuarto de hora más tarde, regresó a su dormitorio.

Pensativamente, contempló el lienzo de muro en que se hallaba la puerta secreta. ¿Quién fue aquel desgraciado, que había muerto de hambre y sed, padeciendo una horrible agonía, condenado a un espantoso final, por alguien que carecía de los más elementales sentimientos de humanidad?

El anillo, con las esmeraldas y los rubíes, soltó un par de veces en su mano. Luego, abandonando su inmovilidad, empezó a prepararse para asistir a la lectura de un testamento en el que, estaba seguro, no se le mencionaba para nada.

* * *

El tañido de un gong sonó repentinamente en el vestíbulo.

South corrió hacia la aspillera. Ralph, impasible, erecto y correctamente vestido, golpeaba el gong con el macillo. Luego se acercó a la puerta del salón y esperó a pie firme.

El joven decidió dejar que los supuestos herederos bajasen en primer lugar. Oyó voces y risas, pero el buen humor era forzado, y las risas carecían de sinceridad. En el fondo, todos sentían miedo.

Al cabo de un par de minutos, abandonó su habitación.

Marjorie estaba en la puerta de su dormitorio. Cambió una mirada con el joven y luego avanzó a lo largo del corredor. Instintivamente, le tendió una mano.

—Así me siento mejor —murmuró, sonriendo.

—Le advierto que yo soy un hombre tímido, más bien cobarde —dijo South.

—Yo no soy tampoco una mujer valiente, Dan.

Descendieron juntos. Ralph continuaba en la puerta del salón.

—Buenas noches, señorita; buenas noches, señor —saludó, cortés.

South le miró fijamente.

—Ralph, nosotros no tendríamos que asistir a la lectura del testamento —dijo.

—Entre, por favor —contestó el mayordomo.
—Pero...
—Por favor —insistió el tétrico sujeto.
South apretó los labios. Asió el brazo de Marjorie, y la empujó hacia adelante, pero, de pronto, se dijo que debía hacer una pregunta al mayordomo.
—¿Ralph?
—¿Señor?
—Hoy vino un tipo preguntando por la señorita Uttman. Usted dijo que no estaba en la casa. ¿Por qué lo hizo?
—Nadie ha preguntado por la señorita Uttman, señor —contestó Ralph.
South apretó los labios.
—Está bien, gracias. —Y en voz muy baja, añadió—: Mentiroso.
El impasible mayordomo sonrió.
—Sí, señor.
Ocho pares de ojos miraron, con no demasiada amabilidad, a la pareja. South sostuvo el respaldo de la silla en que debía sentarse la muchacha.
—Les ruego nos disculpen, pero tanto la señorita como yo somos invitados a la fuerza —declaró.
—Es un chiste tan malo, que dan ganas de llorar —dijo Thorne agriamente.
—Tómenlo como gusten. —South se encogió de hombros—. De todos modos, si es cierto que se va a proceder a un reparto, nosotros no entramos en el asunto.
—Acaso son detectives —apuntó Belle Stetson.
—¿Les remuerde la conciencia? He oído decir que el accidente que causó la muerte a Rotherdale no fue tal, sino que alguien lo provocó para asesinarlo.
Antes de que nadie pudiera contestarle, Ralph entró, empujando una mesita con ruedas, sobre la que se veían un magnetófono y unos cuantos sobres cerrados.
—Señoras, señores, lamento comunicarles que dos personas de las convocadas no han hecho acto de presencia —dijo con voz campanuda—. Puesto que las instrucciones que tengo me ordenan proceder a la lectura del testamento hoy mismo, precisamente a esta hora, daré comienzo al acto, lamentando infinito la ausencia del señor y la señora Mac Auliss. Por favor, tengan la bondad de' escuchar...
Ralph presionó una tecla del magnetófono. Inmediatamente se oyó una voz:
«—Esta es mi última voluntad. Yo, William Ferguson Rotherdale, hallándome en pleno uso de mis facultades físicas y mentales, declaro que mis cinco herederos serán Stella Crockett, Celia Hawkins, Eva Thorne. Belle Stetson y Susan Mac Auliss, cada una de las cuales recibirá quinientos mil dólares, siempre que cumplan las condiciones que les impongo, y que conocerán al abrir el sobre que les entregará mi mayordomo Ralph Beach. Las citadas deberán abrir el sobre correspondiente en presencia de sus esposos, en

este mismo acto. Y si alguna de ellas se hallare ausente, perderá todo derecho a la herencia, y su parte se dividirá equitativamente entre las restantes.»

Hubo una corta pausa. Luego, la voz continuó: «—Mi mayordomo, una vez cumplidas las condiciones impuestas, entregará a cada una de las herederas un cheque firmado y debidamente garantizado, asegurándoles de antemano que no habrá ninguna investigación ni se les opondrán objeciones a percibir esa suma por parte del Banco en donde está depositada mi fortuna. Pero, repito, si no cumplen las condiciones que im-pongo, y que mi mayordomo comprobará si se han ejecutado tal como he dispuesto, no habrá herencia. Asimismo deben saber que Ralph tiene poder suficiente para distribuir la parte de la heredera que no se hallase presente en este acto. Eso es todo.»

El silencio volvió a la sala, denso, agobiante. South se preguntó qué diablos pintaban él y Marjorie en un acto que no les interesaba en absoluto.

—¡Mi sobre! —gritó Celia repentinamente.

—Sí, señora —contestó Ralph.

El mayordomo distribuyó los sobres, dejando aparte el correspondiente a Susan Mac Auliss. Celia rasgó el suyo con mano nerviosa, extrajo un papel doblado y lo desplegó precipitadamente.

De súbito, lanzó un agudo chillido.

Su esposo le quitó el papel de las manos. Un rugido brotó de sus labios:

—¡Maldición, no!

South parpadeó. Las otras herederas no parecían menos desconcertadas.

Stetson tomó el mensaje destinado a su mujer, hizo una pelota con él y lo arrojó a un rincón.

—No queremos ese dinero —exclamó.

South se levantó y. sin que nadie formulase la menor objeción, cogió el papel, lo alisó con las manos, y leyó el mensaje escrito en la blanca superficie:

MATA A TU ESPOSO

* * *

Marjorie levo también el siniestro mensaje. Un súbito temblor agitó su cuerpo.

Miró sucesivamente a las cuatro mujeres. Belle tenía la cara oculta entre las manos.

—No... no quiero la riqueza a ese precio...

Eva aparecía con los labios contraídos. El pecho de Celia Hawkins subía y bajaba con rápidos espasmos. Stella Crockett tenía la cabeza apoyada en el alto respaldo del sillón que ocupaba y, cerrados los ojos, parecía como si meditase acerca de lo que debía hacer.

Silenciosamente. Ralph empezó a dar vueltas en torno a la mesa. Cada vez que se detenía junto a una de las mujeres, dejaba un pequeño revólver a su lado. Luego, impasible, se encaminó hacia la puerta.

—Buenas noches, señoras y señores —se despidió.

Marjorie se levantó de un salto.

—¡Aguarde un momento! Esto no se puede consentir...

Ralph se volvió hacia la muchacha.

—Usted no está en esta casa —le recordó.

Crockett emitió un acucio grito:

—¡Stella! Tú no vas a matarme, ¿verdad?

La mano de la señora Crockett se apoyó sobre el revólver. Su esposo trató de apoderarse del arma.

Ella se resistió. El hombre y la mujer forcejearon violentamente. Horrorizado, South vio que se habían convertido en dos ñeras, en las que ya no quedaba el menor sentimiento de humanidad.

Súbitamente, se oyó un seco estampido.

Crockett gritó. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Vaciló, se tambaleó un poco, dio un par de pasos hacia atrás, y acabó por rodar al suelo.

South vio una roja mancha en su camisa. Los demás permanecían como alelados, atontados por lo que acababa de suceder.

De pronto, Stella se precipitó hacia la puerta, y la abrió de golpe.

—¡Ralph, Ralph! ¡He matado a mi esposo! ¡Venga ese cheque!

CAPITULO VII

South corrió hacia el hombre caído, y buscó su pulso, sin encontrarlo. Los gritos de Stella Crockett continuaban oyéndose en el vestíbulo. La mujer parecía haber enloquecido.

Marjorie, espantada, retrocedió hacia la puerta. ¿Qué clase de demencia se había apoderado de aquellos seres?

Celia Hawkins tenía el revólver en la mano, y apuntaba con él a su esposo.

—Querido» vales medio millón... Algo más, porque es preciso contar la parte de los Mac Auliss...

El señor Hawkins procuró mostrar serenidad.

—Celia, no cometas una tontería. El Banco nunca pagará ese cheque —dijo.

—Valdría la pena probarlo, ¿no crees?

De repente. Hawkins pegó un manotazo al arma, que fue a parar a un rincón.

—Déjate de ideas estúpidas —rezongó—. Sube a tu habitación y prepara el equipaje. Nos vamos inmediatamente de esta casa.

—Pero, querido, se trata de medio millón...

—¡Claro! A costa de mi pellejo, ¿verdad? —contestó el hombre sarcásticamente—. ¿Dirías lo mismo si fueses tú la que debía morir? ¿Te resignarías mansamente? ¿Eh? ¡Vamos, contesta!

Celia se mordió los labios.

—Sí —dijo al cabo— tienes razón. Será mejor que nos vayamos. Además, el pago ha de hacerse en un cheque, firmado por un muerto, no en billetes, lo que daría crédito al testamento. Te mato y luego voy al Banco, y no me pagan... ¿y qué haría yo sin esposo y sin dinero?

—Ejercer la prostitución —dijo Eva Thorne mordazmente.

—¡Mira quién habla! —Contestó Celia—. Hace muy pocos años, tú estabas en un burdel situado cerca de una base militar...

Eva empezó a levantarse, pero su esposo le tiró del brazo y la obligó a sentarse de nuevo.

—No hagas comentarios —dijo secamente.

—Sí, tienes razón, no vale la pena discutir con cierta clase de personas.

Belle Stetson permanecía callada, jugueteando con el revólver que el mayordomo había puesto delante de ella.

—Medio millón... más lo correspondiente a los Mac Auliss, es decir, unos ciento veinticinco mil dólares más.

—Trae acá el arma —gritó su marido, muy nervioso—. Necesito desesperadamente ese dinero, y no me agrada la idea de verme en la calle; buscando cualquier clase de trabajo, pero, al menos sé que estaré libre...

—Tú no tienes que matar a nadie, querido —dijo Belle, con insidiosa suavidad.

—Era un ejemplo —contestó Stetson con brusquedad.

Thorne quitó también el revólver a su mujer. Los Hawkins salían ya del comedor.

—Habrá que avisar a la policía —sugirió South.

—¿Y cómo? —Dijo Stetson, de mal talante—. No hay teléfono, y es imposible abandonar este lugar...

South se dio cuenta de que la codicia era el sentimiento dominante en aquellas personas. Querían marcharse, pero la idea de que perderían así una enorme suma de dinero, les mantenía atados a un sitio en donde podían dejarse la vida. Todos abrigaban la esperanza de una modificación de la principal cláusula del testamento... Se trataba de gente de elevado nivel de vida, sostenido artificialmente, pero que, sin duda, habían llegado a un punto crítico en sus finanzas. Rotherdale, pensó, debía ser buen psicólogo, al dictar un testamento tan siniestramente original.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—¿Están seguros de que Rotherdale está muerto? —preguntó.

—Claro —contestó Thorne—. Asistimos a su entierro.

—¿Vieron el cadáver? — intervino Marjorie, que había comprendido la intención del joven.

—No. ¿Que falta hacía? Los periódicos divulgaron la noticia...

Stetson levantó una mano.

—Aguarde un momento —dijo—. El accidente se produjo a un par de millas de esta casa. Rotherdale era muy amigo del comisario de Sharrock Lane, un pequeño pueblo que está a diez millas. Podemos decir, más bien, que el comisario era una especie de criado de Rotherdale... ¿Por qué no pudieron simular el accidente?

—Sí, pero ¿con qué objeto? —preguntó Belle.

—Apareció una botella vacía, pero no rota. El coche iba a ciento veinte cuando se produjo el accidente —dijo South.

Randy Thorne se encogió de hombros.

—Eso me importa poco —declaró—. Lo que voy a hacer inmediatamente es preguntar a Ralph hasta cuándo van a tenemos encerrados en este lúgubre caserón. Por lo que a mí respecta, estoy dispuesto a marcharme inmediatamente.

Thorne abandonó el salón. Su voz resonó, chillona, en el vestíbulo, al interpelar al mayordomo:

—Lo siento, señor —contestó Ralph—. Nadie puede abandonar esta casa hasta que se hayan cumplido las condiciones del testamento.

—¡Pero es que nosotros renunciamos a la herencia!

—Lo siento, señor. Con el permiso del señor, tengo que retirar un cadáver...

El mayordomo se hizo visible en la puerta del salón.

—Ralph, ¿se da cuenta usted de que, al actuar de este modo, se convierte en cómplice de un asesinato? —preguntó South.

—Señor, yo me limito a cumplir las órdenes del difunto señor Rotherdale —contestó Ralph, con glacial acento—. Permítanme...

En medio de un silencio absoluto, Ralph se inclinó, alzó en brazos el cuerpo de Crockett y salió de la estancia.

De pronto, South recordó algo.

—Ralph, ¿va a llevar ese cadáver al mismo lugar en que se encuentra el de Kade?

El mayordomo se detuvo una brevísima fracción de tiempo. Luego, sin volver la cabeza, contestó:

—Lo siento, señor; no sé de qué me está hablando.

South se volvió hacia los otros.

—Y a ustedes, puesto que se sospecha que Rotherdale quizá simuló su muerte, ¿no se les ha ocurrido pensar que Ralph puede ser ese supuesto muerto en accidente de automóvil?

—Imposible —contestó Stetson.

—¿Por qué?

—Ralph mide casi dos metros. Rotherdale era mucho más bajo... un metro y setenta y cinco centímetros, aproximadamente. La complexión se podría simular, en efecto, va que era también bastante delgado..., pero la estatura, más de quince centímetros de diferencia, es algo infalsificable.

South asintió. Luego dijo:

—Voy a hacerles una pregunta. Han declarado renunciar a la herencia si es preciso conseguirla bajo esas condiciones. ¿Piensan seguir en la casa, sin obligar a Ralph a que les permita la marcha?

No hubo respuesta, sólo silencio.

South ya no quiso seguir hablando.

—Vámonos, Marjorie —dijo.

La muchacha le siguió. En el vestíbulo, con voz muy baja, murmuró:

—Me he fijado en las caras de las dos mujeres. Están devoradas por la codicia. Van a asesinar a sus esposos, Dan.

South asintió.

—Yo también pienso lo mismo —contestó—. Pero creo que nosotros deberíamos intentar...

El joven no pudo continuar.

Un vivo taconeo se oyó en el piso superior. Stella Crockett, con un maletín de viaje en la mano, se encaminaba hacia la escalera.

Al llegar abajo, miró a la pareja y sonrió.

—Me marcho —anunció.

—Mientras viva, siempre le remorderá la muerte de su marido, señora —dijo Marjorie.

—Era un estorbo. Lo único que he hecho ha sido anticipar un poco la hora de su muerte —contestó Stella fríamente—. Estaba ya harta de él.

Marjorie se horrorizó del cinismo de aquella respuesta. El comportamiento de Stella la dejó sin habla.

—Supongo —dijo South— que ya tiene el precio de la sangre de su esposo.

Stella palmeó el bolso.

—Aquí está el cheque. Los ciento veinticinco mil dólares que faltan, es decir, la parte correspondiente a los Mac Auliss, Llegarán un poco más tarde..., pero llegarán también.

Sonriendo diabólicamente, echó a andar hacia la salida. Cuando llegaba junto a la puerta, se desvió ligeramente y alargó la mano hacia el cordón.

—Voy a llamar para que me traigan el coche...

South vio el gesto de la mujer y lanzó un agudo grito:

—¡No toque eso!

Pero ya era tarde. El suelo se abrió bajo los pies de Stella, de cuyos labios se escapó un agudo chillido de terror.

Marjorie se quedó estupefacta. El chillido se transformó en un sonido inhumano, prestamente apagado al cerrarse de nuevo la trampilla.

South saltó hacia adelante. Vio que la muchacha le seguía, y agitó una mano imperativamente.

—¡Apártese!

Ella, aprensiva, obedeció. South procuró situarse en el mismo lugar en que había visto al mayordomo y tiró del cordón.

El suelo cedió. South vio algo horripilante.

Ensartada en las puntas de hierro, Stella se retorcía débilmente. Dan vio asomar dos de las puntas por su vientre. Otra le había atravesado el brazo, cerca de la articulación con el hombro. Aquella desgraciada, pensó, ya no tenía salvación.

Marjorie vio también aquel horrible espectáculo y flaqueó. South dejó que el suelo recobrase su aspecto habitual.

—Voy a buscar a Ralph —dijo—. Por mucho que apreciase a su amo, no podemos consentir que siga cometiendo asesinatos en nombre de un cadáver.

Marjorie procuró sacar fuerzas de flaqueza y le siguió, dándose cuenta de que el joven se dirigía a la cocina. La señora Roberts les miró con curiosidad, mientras amasaba la pasta para los bollos del desayuno.

—¿Sí? -dijo.

—Buscamos a Ralph —declaró South.

—Estará en su habitación —contestó Wanda.

—Drogándose, claro.

Wanda arqueó las cejas.

—¿Cómo? —preguntó.

—Ralph es un drogadicto, señora Roberts.

Sonó una risita. Wanda, sin embargo, se puso seria muy pronto.

—Perdón, señor... El mayordomo no toma drogas, sino una medicina que le es muy necesaria para suplir ciertas carencias fisiológicas. Se trata de una enfermedad muy rara... no sé cómo se llama, pero, desde luego, puedo asegurarles que no es adicto a las drogas.

South se quedó un tanto desconcertado.

—Bien, señora, puede que sea como usted dice, pero a nosotros nos interesa hablar con Ralph —insistió.

—Si yo puedo solucionar sus problemas...

—Mucho me temo que no, señora. En menos de una hora se han producido dos muertes violentas en esta casa. Es preciso que intervenga la policía, señora Roberts.

—Lo siento, yo no puedo hacer nada.

Ralph lanzó una crítica mirada a la mujer delgada y angulosa que tenia frente a sí. ¿Estaba Wanda de acuerdo con lo que ocurría en aquella siniestra mansión?

—Pero ¿es que no tiene usted conciencia? —irritó Marjorie, exasperada—. ¿No le importa que puedan perderse más vidas humanas? Quizá no son unos santos, de acuerdo; pero son seres humanos y tienen derecho a vivir... y, en todo caso, deben ser juzgados por quien puede hacerlo y no por un difunto...

—Lo lamento muchísimo, señorita —dijo Wanda—. Estoy en las mismas condiciones que ustedes. Es decir, no puedo hacer nada.

—¿Conoció usted al señor Rotherdale? —preguntó South repentinamente.

—Un poco. Murió apenas había entrado yo a su servicio.

—¿Quién le paga el sueldo?

—Ralph. El se encarga de todo lo concerniente a la cuestión económica.

South lijo la vista en la pasta que Wanda amasaba sin cesar, con ambas manos.

—¿De dónde traen las provisiones?

—De Sharrock Lane, claro, pero es Ralph quien se encarga...

—Usted se limita a decir lo que falta en la despensa, ¿verdad?

—Así es, señor.

South se sintió desalentado y asqueado al mismo tiempo. Aquella estólida mujer no les ayudaría en nada. A Wanda no le importaba absolutamente lo que sucedía fuera de su ámbito.

—Gracias, señora —se despidió secamente.

* * *

Al salir de la cocina, South dijo:

—Vamos a buscar al mayordomo, Meggy.

La muchacha accedió. Mientras subía, expresó sus temores en voz baja:

—Dan, ¿no se le ha ocurrido pensar que alguien ha congregado a todas estas personas en esta casa para cometer una horrible venganza?

—Es posible, aunque lo que resulta incomprensible es que nos retengan a nosotros, que no tenemos nada que ver con las diferencias existentes en el pasado, entre Rotherdale y los herederos. Pero, por lo que puedo ver, lo único que van a heredar, si esto no acaba pronto, es un pedazo de tierra de seis palmos de largo.

Marjorie sintió un escalofrío.

—Esta casa me pone los pelos de punta —murmuró—. Dan, ¿no habría algún medio de salvar la valla electrificada?

—Mi coche...

—Si pudiéramos escapar, aunque fuese a pie, yo le pagaría un coche nuevo.

—Meggy, recuerde que usted huía de alguien, cuando yo la encontré en medio del camino. Kade vino a buscarla y murió. Quizá la siguen buscando todavía.

—Creo que podría eludirlos... —Una vez más, Marjorie calló, sin querer dar más detalles de su problema personal. South no insistió en ello, ya que sabía que, tarde o temprano, acabaría por conocer el secreto.

Momentos después, abrían la puerta del dormitorio de Ralph.

—¡No está! —exclamó ella.

—Me parece una ausencia completamente lógica —dijo South.

Marjorie se volvió para mirarle.

—¿Cómo?

—Hay dos cadáveres, mejor dicho, tres. En estos momentos, Ralph debe de estar muy ocupado situándolos en algún... lugar.

Los labios de Marjorie temblaron.

—Escapé del fuego, y caí en las brasas —murmuró.

South se sintió compasivo, y rodeó los hombros de la joven con un brazo. Marjorie escondió la cara en su pecho.

Así estuvieron unos momentos. Luego, ella se separó y forzó una sonrisa.

—Creo que me siento mejor —dijo—. Dan, es usted un hombre muy bueno.

—No crea. Soy vulgar, corriente... y cobarde.

—¡No diga eso! A su lado, me siento tranquila, confortada... Tengo que decirle una cosa.

—Si, Meggy.

—Esta noche dormiremos juntos.

South respingó. Ella casi se echó a reír, al ver la cara que ponía.

—Puntualicemos —añadió—. Dormiremos en la misma habitación, usted ya me entiende.

—Sí, me parece una excelente idea. Usted me considera un hombre valiente, pero no lo soy. Y la noche se anuncia larga y poco agradable. Incluso, aunque no peguemos ojo, es mejor que estemos juntos.

Tomó su mano.

—Dejemos que Ralph se entregue a su tétrica tarea —dijo—. Vamos a salir fuera; quiero hacer una prueba. —Es ya de noche...

—No importa.

Bajaron de nuevo al vestíbulo. Cuando llegaban a la puerta, South concibió una idea. Se acercó al cordón de llamada y tiró fuertemente.

La trampa giró una vez más, en silencio. South se inclinó un segundo, el

tiempo justo para ver que el cadáver de Stella había desaparecido.

Marjorie no se había atrevido a mirar. Durante unos momentos, el joven permaneció en silencio, meditando profundamente.

—Tenemos que buscar el camino para llegar hasta estos sables —dijo al cabo.

—Pero ¿cómo? No sabemos...

—Voy a ver si tiendo una trampa al mayordomo. Pero, antes, salgamos fuera —contestó South.

Abrió la puerta. La luz se proyectó al exterior. Más allá, todo era oscuridad.

Marjorie sintió miedo. Sin poder contenerse, asió el brazo del joven. South dio un par de palmadas en su mano, y echó a andar.

Un poco más adelante, arrancó una rama de un matorral. Tenía ya los ojos habituados a la oscuridad, y pronto pudo divisar la valla que cerraba el paso.

De pronto, cuando se disponía a lanzar la rama, se oyó un fuerte grito al otro lado del camino:

—¡Eh, me parece que está ahí!

South respingó. Las luces de un automóvil se encendieron en el mismo instante, deslumbrándole por completo.

Alguien corrió hacia ellos. Súbitamente, se oyó un desgarrador alarido. Delante de la pareja, algo chisporroteó con llamaradas azules, rojas y amarillas. South vio la negra silueta de un hombre, agarrado con manos convulsas a la valla que había intentado saltar. Al otro lado, sonaron terribles maldiciones.

El joven ya no quiso seguir en aquel lugar. Agarró la mano de la muchacha y tiró de ella.

—Vamos, vamos...

Marjorie no se mostró remisa en correr. South se volvió cuando ya llegaban a la casa.

Dos hombres se inclinaban en aquel momento, sobre el cuerpo que yacía al pie de la valla. Al cabo de unos segundos, cargaron con él y se lo llevaron al automóvil.

Los Thorne aparecieron en el vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre.

—Hemos oído gritos... —dijo Eva.

—Por lo visto, era un ladrón. Intentó saltar la valla. Ha muerto electrocutado.

Eva lanzó un pequeño grito.

—Entonces, es cierto que la valla está electrificada.

—Sí, señora.

—¿Había más hombres con el ladrón? —inquirió Thorne.

—Sí.

Thorne hizo una mueca.

—Quizá avisen a la policía —dijo.

—No lo creo. Si venían a robar, no les convendrá delatarse a sí mismos —respondió South.

—Estoy buscando al mayordomo —rezongó Thorne—. ¿Lo han visto ustedes?

—Queremos decirle que nos prepare el automóvil, como ha hecho con el de Stella Crockett —agregó Eva.

—Tengo que comunicarles una mala noticia: la señora Crockett ha muerto. Mató a su esposo, pero ese crimen no le ha servido de nada.

Los Thorne se quedaron boquiabiertos.

—Stella... muerta... —dijo él.

—En efecto. Y ahora, si no tienen inconveniente, díganme, ¿qué le hicieron ustedes a Rotherdale? ¿Por qué, aun después de muerto, quiere vengarse de iodos ustedes?

Thorne apretó los labios.

—No contestes, Eva... —dijo hoscamente—. Señor South, lo que pudo haber entre el difunto Rotherdale y nosotros no le importa a usted en absoluto. ¿Entendido?

Thorne tiró de su esposa y se la llevó enérgicamente hacia la escalera. South cerró los puños, pero pensó muy pronto que no valía la pena enfadarse. En el fondo, ¿qué podía importarle las diferencias existentes, en el pasado, entre Rotherdale y sus herederos?

—Dan, ¿qué hacemos? —preguntó la muchacha, a media voz.

—¿Tiene usted hambre?

Marjorie hizo un gesto negativo.

—Creo que devolvería cualquier cosa... Después de lo que he visto, no me siento con ánimos para tragar una miga de pan.

—Pues creo que deberíamos esforzarnos por comer algo. Venga conmigo —dijo él resueltamente.

Cuando llegaron a la cocina, la encontraron vacía. No había el menor rastro del ama de llaves.

—¿Dónde se habrá metido esta mujer? —exclamó Marjorie.

—Creo que no nos importa demasiado. Voy a ver qué encuentro en el frigorífico.

—Un cadáver —dijo ella, con macabro humor.

South tenía ya la mano en el tirador del frigorífico, y se estremeció.

—Diablos, Meggy, no seas siniestra...

Abrió de golpe, y lanzó un profundo suspiro.

—Aquí hay... lo que debe haber —sonrió, al ver las bien provistas bandejas del refrigerador—. ¿Qué te apetece. Meggy?

—Nada, de veras, Dan.

—Al menos, ponga agua a calentar. Un café le sentará bien.

—Eso sí es una buena idea.

South partió con las manos un buen muslo de pollo asado y lo puso en un plato, con un par de rebanadas de pan de molde, algo de lechuga y unos trozos

de queso. Marjorie le contempló, admirada, mientras comía.

—Le envidio —dijo.

—Usted también puede hacer lo mismo —contestó él, con la boca llena.

Marjorie hizo un gesto negativo. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Dan. aquí hay algo que me choca extraordinariamente. No parece lógico...

—¿Qué es, Meggy?

—Las trampas. Lista casa no es moderna, ciertamente, pero tampoco parece el tipo de edificio medieval, con pasadizos secretos... Comprendo lo de las chimeneas; tal vez el arquitecto pensó que un cañón común para dos chimeneas facilitaría los trabajos y la disposición interior de las habitaciones, pero las habitaciones secretas, los pasadizos, el sótano... eso no es lógico aquí.

—Quizá sí... Bueno, quiero decir que si Rotherdale estuviese vivo, él podía explicarlo...

—O Ralph. Debía de llevar mucho tiempo a su servicio, me imagino.

—Ralph no creo que esté muy dispuesto a dar explicaciones. De todos modos, se lo preguntaremos, en cuanto le eche el ojo encima.

El agua del café hervía ya. Momentos después, Marjorie llenaba dos tazas. De pronto, se sintió extrañamente aprensiva.

—Dan...

—¿Sí. Meggy?

—Este silencio... abruma.

South miró a su alrededor.

Marjorie tenía razón. La calma era absoluta. En el interior del caserón no se percibía el menor sonido. Le pareció hallarse sumergido en el interior de alguna extraña atmósfera, cuya composición anulase por completo toda vibración sonora.

Súbitamente, en alguna parte, se oyó alguna voz.

—Es preciso terminar pronto —dijo un hombre desconocido.

—Sí, señor. —Era la voz de Ralph—. Haré lo que pueda...

—Y más aún. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Ralph, te veo un poco nervioso. ¿Qué te sucede?

La respuesta del mayordomo se demoró un par de segundos:

—Nada, señor, se lo aseguro.

—lista bien, procura tranquilizarte. Si haces exactamente todo lo que te he dicho, terminaremos muy pronto, seguro.

—Sí, señor.

South y Marjorie tenían los ojos morbosamente fijos en el lienzo de pared, traspasado por las voces. De pronto. South vio que había allí un gran calendario. Recordó el cuadro de su dormitorio, y lo apartó a un lado, dejando al descubierto un hueco de forma rectangular, poco mayor que un paquete de cigarrillos, protegido por una celosía de metal. Tal vez un conducto de aireación, inutilizado momentáneamente, pensó.

Súbitamente, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Deseaban algo los señores?

* * *

Asustada, Marjorie lanzó un pequeño grito y se abrazó al joven, en el momento en que éste giraba hacia el origen de la voz. Los dos, vivamente sorprendidos, vieron a la señora Roberts, a muy pocos pasos.

Había una ligera sonrisa en los descoloridos labios del ama de llaves.

—Lamento haberles asustado —dijo—. No era ésa mi intención...

—Teníamos apetito, y vinimos a comer algo —explicó South—. ¿Dónde estaba usted?

—Había subido a mi habitación unos momentos... Les ruego me dispensen. ¿Puedo servirles algo?

—Gracias. Yo he comido algo, y la señorita ha tomado café. —South estudió críticamente el rostro del ama de llaves—. ¿Ha visto a Ralph, señora Roberts?

—No, señor. Estará en su habitación, supongo... ¿De veras no necesitan nada?

—Gracias. Una pregunta, señora. ¿Conoce usted bien esta casa?

—Bastante bien. ¿Le gusta al señor?

—No la querría ni regalada. Dígame usted, ¿qué hará cuando los huéspedes se marchen?

—Estoy contratada fija. Seguiré aquí.

—¿Quién le pagará su salario?

—Ralph es también el administrador de los bienes del difunto señor Rotherdale...

—Ah, ha dicho difunto. Pero ¿está segura de que murió?

Wanda pareció ofenderse.

—Señor, ¿cómo se puede dudar de algo que no admite controversia? —exclamó.

—¿Lo vio usted muerto?

—Presencié el funeral y el entierro...

—Si ya era su ama de llaves, tuvieron que llamarla para identificar el cadáver. Es un trámite legal ineludible, señora Roberts.

—Ralph se encargó de la identificación. A mí me lo pidieron, pero, puesto que bastaba con Ralph, el jefe de policía de Sharrock Lane consintió en evitarme un mal rato. No sé qué le ha hecho dudar al señor de un hecho que no se puede negar.

—Le ruego me dispense —dijo South—. Meggy, creo que será mejor que dejemos sola a la señora Roberts, para que pueda continuar su trabajo sin incómoda compañía. Gracias por todo, señora Roberts.

—A su disposición, señores.

CAPITULO VIII

En el vestíbulo, Marjorie agarró por un brazo a su acompañante.

—Dan —preguntó, con ojos muy brillantes—, ¿qué le ha hecho pensar que Rotherdale está vivo?

—Por ahora, no es más que una sospecha. Sin embargo, debe recordar lo que oímos, poco antes de que la señora Roberts nos diera un susto con su inesperada aparición.

—Sí, surgió como un espectro...

South bajó la voz todavía más.

—Luego, cuando todos duerman, volveremos a la cocina. Al otro lado de la pared donde está el calendario, hay un pasadizo secreto.

Marjorie sintió un vivo escalofrío.

—Cada vez tengo más miedo... Dan, ¿por qué nos obligan a quedarnos contra nuestra voluntad?

—Quizá no tardemos mucho en saberlo. Sólo es necesario esperar. Venga a mi habitación, Meggy.

—Sí, pero aún no me ha dicho por qué cree que Rotherdale está vivo.

—¿No recuerda la conversación que escuchamos, cuando estábamos en la cocina? Alguien hablaba a Ralph, y éste contestaba respetuosamente. El otro se mostraba autoritario; Ralph se comportaba realmente como un mayordomo, obediente y discreto.

—Quizá... Rotherdale está en la casa...

—Estoy por decir que quizá, no: seguro que sí.

—Yo había llegado a pensar que era Ralph...

—Recuerde lo que dijeron, después de la lectura del testamento. Ralph es mucho más alto que el difunto.... que está vivo. Quince centímetros de envergadura no se pueden disimular de ningún modo.

De repente Marjorie lanzó un grito.

—¡Ralph!

El mayordomo acababa de hacerse visible en el extremo del corredor. Indudablemente, bajaba de su cuarto en aquellos momentos.

—Le estábamos buscando. Ralph —dijo South.

EL mayordomo se inclinó ligeramente.

—¿Puedo servirle en algo, señor?

—Sí. Dígame: Realmente, ¿está muerto el señor Rotherdale?

Ralph se irguió majestuosamente, contemplando a! incrédulo como si fuera un despreciable insecto.

—Lamento ser descortés, señor, defecto que no he tenido jamás, pero su pregunta me ha ofendido grandemente —dijo.

—¿Por qué? Aunque usted fuese sirviente de Rotherdale, el hecho de que haya una persona que dude de su muerte, no es para enfadarse.

—Perdón, señor. Después del accidente, fui llamado para identificar los

restos de la persona muerta al chocar su automóvil contra un árbol. Llevaba demasiados años al servicio del señor Rotherdale para equivocarme.

—Lamento haberle ofendido, Ralph. Pero, dígame, ¿apreciaba usted tanto a su difunto amo, como para cumplir con puntualidad ciertos términos de un testamento que implican la ejecución de varias muertes violentas?

—Considero como un sagrado deber cumplir con lo que ordenó mi amo.

—Si el señor Rotherdale arabo su última voluntad, es que preveía su muerte.

—El señor Rotherdale, en efecto, abrigaba temores de ser asesinado. Desgraciadamente, esos temores se cumplieron...

—Por un accidente de automóvil provocado.

—Sí, señor.

Marjorie adelantó un paso.

—Bien, pero ¿qué tenemos nosotros que ver con todo eso? Si Rotherdale quiere vengarse, desde su tumba, que nos deje a nosotros en paz... es decir, usted debe permitir que nos marchemos...

Ralph se inclinó una vez más.

—Perdón, señorita, pero yo tengo también mis propias instrucciones, Nadie podrá salir de aquí, hasta que se hayan cumplido exactamente los términos del testamento.

—Es decir, hasta que las antiguas amantes del difunto hayan asesinado a sus esposos —dijo South.

—Exactamente, señor.

En aquel momento, South se dio cuenta de que en la frente de Ralph había algunas gotitas de sudor. Las manos del mayordomo temblaban perceptiblemente, a pesar de los esfuerzos que hacía para dominarse.

Ocultó una sonrisa. Ya sabía qué le ocurría a Ralph.

—Otra pregunta, por favor —dijo—. ¿No le repugna a usted convertirse en cómplice de unos asesinatos? Porque, a pesar de los motivos que Rotherdale tuviese contra esas personas, una muerte violenta, en estas condiciones, es siempre un asesinato.

—La voluntad del señor Rotherdale debe cumplirse —dijo Ralph lúgubremente.

Y, sin añadir una palabra más, reanudó su marcha en dirección a la escalera.

Cuando llegaba a los últimos peldaños, abandonó su aire hierático, y echó a correr desesperadamente hacia la cocina. Marjorie lo vio, y se quedó estupefacta.

—¿Qué le ocurre a ese hombre? —exclamó, perpleja.

Miró al joven. South sonreía ladinamente.

—Yo sé lo que le pasa —contestó—. Está necesitando una nueva dosis de la droga.

—Oh... Entonces, ahora irá a inyectarse...

—No tiene más droga.

Hubo un instante de silencio.
—Usted se la ha quitado —adivinó Marjorie.
—Sí. Y cuando la necesidad de la droga se haga irresistible, yo le forzare a que lo diga todo..., a que diga dónde está escondido Rotherdale. ¿Lo ha comprendido, Meggy?
—Dan, eso puede resultar muy peligroso.
South enseñó un revólver.
—Le falta una bala, pero aún quedan cinco —dijo significativamente—. Bien, vamos a mi dormitorio. O, mejor, al suyo.
—¿Por qué?
—Los Stetson se alojan en el cuarto contiguo. Quizá podamos oírles algo interesante.
—Sí, tiene razón.
Cuando cerraban la puerta, oyeron un gruñido.
South miró a través de una rendija. Ralph corría, desolado, hacia el ático. Su nerviosismo parecía haber sufrido un nada agradable incremento. Observó, satisfecho.
Cerró cuidadosamente.
—Tarde o temprano, tendrá que rendirse —musitó.
Marjorie recordó que debía hablar en voz baja.
—Dan, si conseguimos salir con vida de esta fúnebre mansión, lo consideraré una especie de milagro.
South sonrió amistosamente.
—Saldremos —dijo—. Y entonces...
Un fuerte grito le interrumpió repentinamente. Tanto él como la muchacha volvieron la vista hacia la chimenea, instintivamente atraídos por el sonido que procedía de la habitación contigua.

* * *

—¿Quieta, estúpida! —Dijo Ernie Stetson—. ¿Es que te has vuelto loca?
—Ernie, eres un imbécil. ¿Qué diablos estabas pensando? —exclamó Belle.
—¿Quieres decirme qué haces con esa media en la mano?
Sonó una risita.
—Oh, pero... Vamos, no irás a creer que iba a estrangularte, como en las películas policíacas...
—Belle, estoy sentado en este sillón, y el sueño me ha vencido unos instantes. Abro los ojos y te veo a ti, parada a dos pasos, con una media en las manos. ¿Qué diablos pensaría un hombre, en mi situación?
—Ah, pero ¿eres un hombre? —contestó ella sarcásticamente.
—No trates de insultarme, tú, zorra barata...
-—Hasta que tú me lo indicaste, yo había sido una mujer honesta —dijo Belle, furiosa—. Pero un día, el señor dijo que su esposa debía mostrarse

amable y complaciente con el Gran Jefazo. El señor esperaba un ascenso, un cargo elevado en la empresa... y su esposa tuvo que acostarse con el Gran Jefazo, y no una sola vez, sino todas las que aquel hijo de puta quería.

—Belle, por favor, no sigamos con este tema. No me hace ninguna gracia...

—Entonces, quizá te guste menos recordar la conspiración tramada entre varios maridos cornudos, ¿verdad?

—¡Belle!

—¿Acaso digo algo que no sea cierto? Tú y los olios os pusisteis de acuerdo para quitar de en medio al Gran Jefazo, y así heredarle ..

—Eso es absurdo. ¿Cómo podíamos conspirar para asesinarle, si no éramos parientes suyos y, por tanto, no temamos derecho a heredar nada?

—En primer lugar, estabais hartos de él, hartos de aguantarle todo, incluso que pidiera a vuestras mujeres para refocilarse con ellas, cuando le venía en gana. En segundo lugar, estaba su empresa, de la que erais directivos, y en la que habríais podido entrar a saco, una vez él muerto... Pero era un tipo muy vivo, y se olió la encerrona...

—Dijo que estaba cansado de trabajar, y que por eso había vendido el negocio.

—Entonces, otra razón de más para quitarle de en medio, puesto que os arrebataba un sustancioso bocado.

Claro que seguiríais con vuestros puestos, pero no es lo mismo un sueldo, por elevado que sea, que la posibilidad de meter las manos en el arca y sacarlas llenas. O sea, que si no lo hicisteis por una razón, había otras muchas que os indujeron a preparar el asunto.

—El día en que eso sucedió, todos estábamos muy lejos de aquí —arguyó Stetson.

—Claro, porque lo hizo otro, alguien a quien pagasteis para que simulase un accidente. —Belle rió burlona mente—. Y lo hizo tan bien, que dejó intacta la botella de la que se suponía había bebido hasta llegar a la embriaguez, que le hizo perder el dominio del vehículo. ¡Banda de estúpidos e inútiles!

—Belle, por favor...

—Oh, déjame, imbécil. Me quedaré sin el medio millón, pero, en cuanto pueda salir de aquí, nos separaremos para siempre.

—Y buscarás la forma de sorprenderme, un día, y cobrar...

—Tienes que morir aquí o no cobraré la herencia, de modo que puedes vivir tranquilo. Y ahora, si no te importa, voy a ver si duermo un poco.

South y Marjorie cambiaron una mirada de inteligencia. El joven movió la cabeza, y ella le siguió hasta las inmediaciones de la puerta.

—Ya sabemos que Rotherdale murió asesinado —dijo él, con voz muy tenue.

—Suponiendo que el cadáver fuese auténtico —le recordó ella.

—Bueno, alguien murió en su lugar. Pero ¿quién lo hizo?

Marjorie movió la cabeza.
—Dan. creo que eso no nos interesa. En cambio, tendríamos que ver la forma de salir de aquí, y avisar de lo que está ocurriendo.
South dejó caer las manos a lo largo de los costados.
—Creo que, por ahora, pide un imposible —respondió.
—¿No se siente capaz de romper la valla electrificada?
—Querida, para los trabajos manuales soy una absoluta nulidad. Todo lo que pase de sacar punta a un lápiz, representa para mí un obstáculo insalvable. Soy joven, pero no demasiado ágil... al menos, no lo suficiente para salvar una valla de casi tres metros con una pértiga, único medio que se me ocurre para pasar al otro lado. El suelo, por otra parte, es llano, de modo que ni siquiera tenemos el recurso de romperla, lanzando un coche contra, ella, aunque consiguiéramos sacarlo del garaje a brazo.
Marjorie, desanimada, asintió.
—Hemos de seguir aquí, nos guste o no —admitió.
—De todas formas, recuerde que tengo una carta escondida en la manga.
—¿La droga?
—Sí, Ralph sentirá agudizarse la necesidad de inyectarse una nueva dosis, cada vez con mayor intensidad. Al fin, llegará un momento en que no pueda resistir ese deseo, y hará todo lo que le pidamos.
—Puede atacarle...
—Tengo un revólver.
Ella le miró fijamente.
—Dan, ¿no le parece que deberíamos tratar de buscar el sitio donde está el interruptor de la valla electrificada?
—Sería una bucn2 idea, pero necesitaríamos absoluta tranquilidad. Esperemos a que todos estén durmiendo.
Hurgó en sus bolsillos, y lanzó una exclamación de enojo.
—Se me han acabado los cigarrillos —murmuró—. Aguarde un momento; voy a buscar tabaco a mi habitación.
—Vuelva pronto. Dan: tengo mucho miedo...
—Descuide.
South salió al corredor. En la casa reinaba un silencio absoluto. Llego ante la puerta de su dormitorio, abrió, buscó en el maletín y, ya se disponía a regresar, cuando, de pronto, oyó voces.
Había alguien en el cuarto que ocupaban los Hawkins.

CAPITULO IX

Pero no eran los Hawkins, sino Ralph y...

—¿Qué haces aquí, Ralph? —dijo el hombre.

—Señor...

—Vamos, contesta. Estás muy nervioso, ¿verdad?

—Me..., me falta algo...

Sonó una risita.

—Vamos, ven, yo te daré lo que falta.

—Gracias, señor; no sé cómo agradecerle al señor...

—Lo que deberías saber es cuidar mejor tus intereses. Te dejé bien provisto de tu medicina. Ralph.

—Alguien ha estado en mi cuarto, y me la ha quitado, señor.

—¡No me digas! —se sorprendió el hombre.

—Desgraciadamente, es cierto, señor.

—Ralph, a veces, resultas un poco tonto...

—Lo siento infinito, señor. Perdón, señor: ¿qué hacemos con esto?

—Bah, déjalos ahí. Ya vendremos luego a retirarlos.

South se quedó helado.

¿A qué se referían aquellos dos hombres?

Un oscuro presentimiento se cerró sobre su corazón, como una garra helada ¿Más muertes?, se preguntó.

Pero supo reaccionar a tiempo, y corrió hacia la puerta, que abrió una rendija lo justo para dominar visiblemente el corredor.

Nadie salió de la habitación contigua. South comprendió que había también un pasadizo secreto en aquella estancia.

Lo peor de todo, pensó, era que el misterioso individuo iba a satisfacer el vicio de Ralph. Ya no podría forzarle a que le dijera cuanto quería saber.

Pasados algunos minutos, se arriesgó a entrar en la habitación de los Hawkins. Casi no sintió extrañeza al ver los dos cuerpos absolutamente inmóviles sobre la cama.

Tomó el pulso sucesivamente a los dos.

Estaban muertos.

Sin embargo, le extrañó no ver señales de violencia en los cuerpos. Miró a su alrededor y. sobre una mesita, divisó una botella y dos copas, en las que todavía que-daban algunas gotitas de licor.

Alguien había envenenado a los Hawkins... ¿o se habían envenenado mutuamente?

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Había oído claramente al mayordomo y al otro hombre decir que luego volverían a buscar los dos cadáveres. ¿Por qué no embromarles un poco?

—Aunque la situación no está para bromas —murmuró. Pero, de todas formas, creía que debía hacerlo.

Cargar con Hawkins le costó bastante, pero, al fin, consiguió situar su cuerpo atravesado sobre los hombros. Marjorie se sintió aterrada, al verle entrar en su cuarto con un cadáver.

—Dan, ¿qué...?

—Luego le explicaré. Aún falta la señora Hawkins..., es decir, el cadáver de la señora Hawkins.

Cuando regresó con la muerta, estaba empapado en sudor. Fue al baño y se mojó la cara y el cuello con una toalla húmeda. Luego explicó a la muchacha lo sucedido.

—Sin embargo, no comprendo qué objeto tiene traer aquí a los muertos — alegó Marjorie.

—Ellos buscarán los cadáveres, y no los encontrarán. Eso les pondrá nerviosos, y les obligará a dar un paso en falso.

—¿Qué paso en falso. Dan?

South se quedó parado.

—La verdad, no lo he calculado... ¡Pero tengo un revólver! —exclamó, resuelto.

Luego dirigió su mirada hacia el enorme armario ropero que había en el dormitorio.

—Ese es un buen sitio —decidió.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Esperar, no tenemos otra solución.

—Creo que no. Dan —contradijo ella.

—¿Cómo?

—tiene un revólver. Empléelo para amenazar a Ralph.

South se desconcertó.

—No podemos seguir aquí un momento más —añadió Marjorie, en vista del silencio de su interlocutor—. Corremos peligro de muerte... Tengo la impresión de que alguien ha decidido que ninguna de las personas que estamos en Rotherdale House debe salir con vida de aquí. Aprovechemos la ocasión, Dan —rogó ella, con gran vehemencia.

—Está bien, vamos a intentarlo.

Salieron del dormitorio. Instantes después, con gran desánimo por parte de la muchacha, comprobaban que Ralph no se hallaba en su dormitorio.

—Y en esta casa hay demasiados escondites y pasadizos para buscarlo con posibilidades de éxito —dijo South.

—Bien, pero podríamos hablar con la señora Roberts.

Todavía estaban en el ático. Los demás cuartos de aquella planta se hallaban igualmente vacíos.

—Tenemos que esperar, no queda otro remedio —dijo el joven— volvamos... ¿a su cuarto o al mío?

Marjorie se encogió de hombros. Ya empezaba a sentir indiferencia por todo y por todos. De pronto, rompió a llorar.

South la atrajo contra su pecho, compasivamente, dándose cuenta de los

sentimientos de la muchacha. Aquel momento de flaqueza, pensó, era completamente natural.

Súbitamente, se oyó un agudo grito en la planta inferior:

—¡Ralph, Ralph! —Sonó la voz de la señora Thorne—. ¿Dónde estás, condenado mayordomo? ¡Sal, que te vea pronto!

Marjorie se pegó estrechamente al joven. Eva Thorne seguía llamando al mayordomo, a voz en cuello.

De pronto, oyeron ruido de tacones que se precipitaban hacia la planta interior. A South se le pusieron los pelos de punta.

—¡Señora Thorne! —gritó, sin poder contenerse.

El taconeo cesó.

—¿Quién me llama? gritó Eva.

South corrió escaleras abajo. Eva se hallaba ya en el centro del vestíbulo, equipada para salir de la casa.

—Señora:..

—Ah, es usted —dijo Eva—. Me marcho —declaró—. Estoy llamando al mayordomo, pero no aparece por ninguna parte. Sin embargo, creo que con ese cordón...

—No lo haga. Moriría en el acto.

Ella le miró, atónita.

—Está loco —dijo.

—Voy a demostrárselo —contestó el joven, imperturbable.

Se acercó al cordón y tiró. El suelo cedió en el acto.

—Mire, señora Thorne —indicó.

Eva se asomó un poco, vio las puntas de hierro, y lanzó un gemido de horror.

—Y ahora, ¿qué voy a hacer?

South creyó haber adivinado la verdad.

—Ha asesinado a su esposo —dijo.

Eva bajó la cabeza.

Aquel silencio era más elocuente que todas las palabras. Marjorie miró, horrorizada, a la mujer que había sido capaz de asesinar a su esposo, por cobrar una hipotética suma de dinero.

De pronto, en algún lugar de la tasa, alguien se echó a reír.

Era una risa burlona, tableteante, de trémolos estremecedores... la risa de alguien que veía cómo sé iba cumpliendo su venganza. Aquellas carcajadas parecían brotar de todas partes, y rebotaban en los muros del caserón, con estallidos de voz alternativamente graves y agudos, de poderosa intensidad sonora.

La risa cesó tan bruscamente como había empezado. Entonces, Eva Thorne comprendió lo que sucedía.

Un alarido de terror brotó de sus labios. South comprendió que la mente de !a mujer se había desequilibrado de golpe.

Eva se abalanzó hacia la puerta, y abrió, sin dejar de emitir gritos

inarticulados. South se dio cuenta de que ella había comprendido, al fin, la verdad: el crimen no le había servido para nada. Por el contrario, alguien se había servido de ella para ejecutar una venganza, fría y largamente planeada.

—¡Dan, deténgala! —gritó Marjorie.

South saltó hacia adelante. Fuera de la casa reinaba una absoluta oscuridad. Deslumbrado, vaciló un secundo.

Entonces, algo emitió fuertes chispazos multicolores, a la vez que se oían unos secos estallidos. Una negra silueta se hizo visible, durante un tiempo muy breve.

Luego, Eva Thorne cayó al suelo, fulminada por la descarga eléctrica.

* * *

Por un instante, Dan perdió su compostura, y regresó a la casa a todo correr. Plantado en el centro del vestíbulo, gritó;

—¿Ralph! ¿Dónde está usted? ¡Salga, dé la cara! Vamos, maldito asesino, deje ya cíe cometer crímenes...

Las risas no se reprodujeron como contestación a sus imprecaciones. Marjorie se acercó al joven, y le puso una mano en el brazo.

—Dan, repórtese —suplico—. Perder la calma no le hará ningún bien... no nos hará bien a ninguno de los dos...

South la miró un instante, con ojos extraviados. Luego, se pasó la mano por la frente.

—Perdóneme —dijo—. Tengo los nervios de punta. En alguna parte, hay un sádico que disfruta viendo cómo se matan los unos a los otros.

—Y debemos encontrarlo, antes de que sea demasiado larde.

—Tiene razón. De todos modos, todavía quedan dos huéspedes vivos, aparte de nosotros dos. Vamos a ver a los Stetson.

—Suponiendo que estén vivos.

South sintió un soplo helado en la espalda.

—No me extrañaría que hubiesen muerto también —dijo.

Resucito, echó a andar, emparejado con la muchacha. Al llegar al piso superior, llamó a la puerta del dormitorio de los Stetson.

No hubo respuesta. Hizo girar el pomo, y empujó la puerta con fuerte manotazo.

—No están —exclamó, atónito, al ver la habitación completamente vacía.

La ventana, sin embargo, aparecía abierta. South concibió una súbita sospecha, y corrió hacia ella. Al inclinarse sobre el antepecho, vio una escalera de mano apoyada en la pared.

—Se han marchado —dijo.

Marjorie se situó a su lado.

—Esto da a la trasera. Mire, allí está el garaje... ¡Y hay luz!

Sin pensárselo dos veces, South pasó una pierna por encima del antepecho. Marjorie le siguió, instantes después.

South se volvió, una vez en el suelo, y alargó ambos brazos para ayudar a la muchacha a cubrir los últimos peldaños. En el mismo instante, se oyó un agudo grito de dolor.

—¡Perra! aulló Stetson—. Me has matado.

South y Marjorie se quedaron helados. Stetson volvió a gritar. De repente, estalló una detonación.

La respuesta fue un escalofriante alarido, como el lamento de un animal herido de muerte. Luego, se hizo el silencio, roto muy pronto, sin embargo, por los sordos quejidos de alguien que sentía la muerte muy cercana.

CAPITULO X

South salió del morboso estatismo en que había caído, y echó a correr hacia el garaje. Tuvo que dar la vuelta al edificio, adosado a uno de los costados del cuerpo principal, y entonces vio el gran portón, abierto por completo.

Belle Stetson yacía en el suelo, boca abajo. Todavía tenía entre sus dedos el cuchillo que había utilizado para atacar a su esposo. La inmovilidad de la mujer era absoluta.

Su esposo estaba sentado, con la espalda apoyada en el costado de un coche. Stetson tenía la boca abierta y jadeaba, como un pez fuera del agua.

—Ésa... perra me atacó... por sorpresa... Acordamos marcharnos de... de esta maldita casa...

—Deje que vea su herida — dijo South, arrodillado junto al moribundo—. Tal vez se pueda hacer algo todavía...

Stetson movió la cabeza.

—Estoy listo... —rechazó la oferta, jadeando cada vez más fuerte, en busca de un aire que llegaba en escasa cantidad a sus pulmones—. Las baterías... están en... Márchense, pronto, antes de que sea... demasiado tarde para ustedes...

Marjorie se inclinó hacia el sujeto.

—Por favor, ¿dónde están las baterías? —preguntó.

Stetson intentó levantar una mano, para señalar hacia determinado lugar. El brazo cayó laciamente.

—El... está aquí... No murió... Nos engañó a todos...

Bruscamente, la cabeza de Stetson sé dobló a un lado. Luego, con gran lentitud, se inclinó lateralmente, hasta quedar completamente tendido en el suelo.

South se incorporó, contemplando con ojos compasivos a la pareja que se había autodestruido, a causa de una codicia sin límites. Era fácil adivinar lo sucedido.

Belle había estado preparando su crimen, desde la hora en que se procedió a la lectura del testamento. En alguna parte, tal vez en la cocina, había conseguido el cuchillo, cuidadosamente oculto hasta el momento de su utilización. Pero, tal vez nerviosa y, en todo caso, inexperta, había errado parcialmente el golpe, y su esposo había tenido tiempo de revolverse y disparar la pistola que un complaciente mayordomo había puesto primeramente a su disposición y que luego le había arrebatado.

Volvió los ojos hacia la muchacha. Marjorie estaba terriblemente pálida. South apresuró su brazo, con gesto afectuoso.

—Animo —dijo.

La tapa del motor del coche estaba levantada. South hizo una rápida inspección. No tenía batería eléctrica.

Stetson había señalado un punto determinado con el brazo.

—Sin duda, encontró las baterías —murmuró.

—Aunque nosotros las hallemos también, no podremos salir sin cortar la corriente —dijo ella.

—Si encontramos las baterías, podremos poner en marcha dos de los coches. Uno de ellos servirá para, lanzado a toda velocidad, romper la valla. En el otro, escaparemos los dos.

Stetson había señalado un armario que, sin duda, servía para contener herramientas. Al abrirlo, vio seis baterías de automóvil.

Pero, casi inmediatamente, se le cayó el alma a los pies.

Cada una de las baterías estaba unida, por sendos cables, a dos tubos de metal, que se hundían en el suelo. Los tubos pertenecían a las cañerías de servicios y los cables indicaban sobradamente su objeto.

—Las baterías se han descargado —exclamó.

Marjorie contuvo un gemido.

—Por favor. Dan, pruebe...

—Lo intentaré, pero creo que perderemos el tiempo —respondió South—. Llevan demasiado tiempo en descarga, recuérdelo. Podríamos conseguir algo, si no se diesen determinadas condiciones en contra. Primero, tenemos la valla, que sólo podríamos romper inutilizando uno de los coches. Segundo, el terreno es> llano, y carecemos de espacio suficiente para hacer rodar uno ce los automóviles. Si tuviésemos delante una larga pendiente, podríamos hacer arrancar alguno de los coches de cambio de marchas manual, con lo que, al cabo de cierto tiempo, el alternador habría recargado la batería. Pera en estas condiciones, dudo mucho de que podamos conseguir algo.

Para convencer a la muchacha, sacó una de las baterías y la colocó en su propio coche, ayudándose con las herramientas que había en el armario para conectar los cables a los bornes. Pero cuando dio el contacto, el motor de arranque emitió unos débiles sonidos, síntoma indudable de su incapacidad para funcionar de un modo satisfactorio.

Al cabo de unos momentos, se apeó y enseñó las vacías palmas de sus manos.

—Es imposible —dijo.

—Pero tenemos que hacer algo —exclamó Marjorie, con vehemencia—. No podemos seguir aquí. Dan, ¿se da cuenta de nuestra situación?

South asintió.

Sí, se daba cuenta.

Aparte del asesino y Ralph, su cómplice, eran los únicos que quedaban con vida, en Rotherdale House.

— Excepto el ama de llaves —recordó súbitamente.

—Es verdad —exclamó Marjorie, quien, como el joven, se había olvidado de la señora Roberts—. Vamos a ver si la encontramos.

—Aguarde un momento, por favor.

South se dirigió hacia el revólver que estaba en el suelo, junto a Stetson.

Cuando ya se inclinaba hacia e! arma, Marjorie lanzó una viva exclamación:

—¡No lo toque!

South se enderezó, sorprendido.

—Podemos necesitar los cariuchos que aún quedan... —No lo toque —insistió ella—. Dejaría sus huellas dactilares, y eso podría comprometerle.

—Está bien, como guste. Vamos a volver a la casa, y trataremos de encontrar al ama de llaves. Puede que logremos persuadir a la señora Roberts para que nos ayude..

Aunque, a decir verdad, lo dudaba mucho.

En silencio, dieron la vuelta a la casa. Cuando estaban frente a la puerta de entrada, South pensó que habían equivocado el camino. La puerta debía de estar cerrada por dentro.

—Tendremos que utilizar la escalera —murmuró.

—No hace falta —dijo Marjorie—. Mire, está abierta.

South se quedó un tanto sorprendido, pero avanzó a la par con la muchacha. De repente, Marjorie sintió que se le hundía el suelo bajo los pies.

Un terrible grito de pavor brotó de sus labios. South alargó velozmente las dos manos y tiró de uno de sus brazos, apartándola del hueco que había surgido de forma tan inesperada.

Abajo, en el suelo, brillaron, durante unos segundos, las mortíferas puntas de hierro. Luego, la trampa giró en silencio, y el suelo volvió a recobrar su apariencia normal.

* * *

South comprendió entonces por qué la puerta principal no estaba cerrada por dentro. Ahora ya no hacía falta tirar del cordón. En alguna otra parte, había un mando que accionaba el mecanismo de apertura. Y alguien, que los vigilaba, sin dejarse ver, había intentado asesinarles.

Durante unos instantes, perdió los estribos. Ciego de cólera, saltó hacia adelante.

—¡Rotherdale! —aulló—. Está vivo, lo sabemos... Vamos, ¿por qué no sale y da la cara?

De pronto, se dio cuenta de que habían tenido que ser vistos, a fin de accionar el mando de apertura de la trampa en el momento oportuno. Y si estaban en el vestíbulo, ¿dónde se hallaba el asesino?

Con toda seguridad, en algún punto desde el cual lo dominaba lodo. Sí, él sabía dónde podía estar...

Miró hacia arriba. La distancia era grande, por lo que no se podía distinguir la aspillera de su cuarto. Inflamado por la cólera, alzó el revólver, y apretó el gatillo en aquella dirección.

El estampido resonó atronadoramente en el cerrado ámbito de la casa. Marjorie se puso ambas manos en los oídos.

—¡Dan! ¿.Se ha vuelto loco?

South se disponía a hacer el segundo disparo, pero logró contenerse.

—No estoy loco... pero acabaré por perder la razón, si esto se prolonga demasiado tiempo... —jadeó.

Ella puso una mano en su brazo.

—Cálmese —dijo persuasivamente—. Ahora, más que nunca, nos conviene mantener la serenidad.

South cerró los puños con rabia.

—Si, al menos, pudiéramos salir de aquí... Sharrock Lane está solamente a diez millas... Iríamos a pie...

—Antes .que pensar en ir a Sharrock Lane, ¿por qué no intentamos buscar a la señora Roberts?

—Antes no estaba en su habitación —dijo él—. Pero, de todos modos, quiero echar un vistazo a la mía. Vamos, Meggy.

Subieron al primer piso. South entró en el dormitorio, cuyo aspecto era de completa normalidad. Sin embargo, vio que el cuadro que ocultaba la mirilla no estaba vuelto por completo. Había una separación de unos tres centímetros, lo cual indicaba que la persona que les había espiado desde allí, sorprendida por el disparo, había escapado precipitadamente.

Y ¿por dónde se había marchado?

—La respuesta no puede ser más que una —murmuró, a la vez que se acercaba a la puerta secreta.

El mecanismo funcionó a la perfección. Al otro lado no había nada, salvo el esqueleto, que continuaba en su sitio.

South pensó, por un instante, en los horribles padecimientos de aquel infeliz, encadenado a la pared, muriendo lentamente de hambre y sed. ¿Qué mente perversa había ideado aquella espantosa tortura?

Cerró la puerta secreta, y se volvió hacia la muchacha.

—Vamos al ático.

Ambos se sentían sumamente aprensivos. Estaban solos en aquella lóbrega mansión, a merced de un sádico individuo, cuyo mayor placer, por lo que podían apreciar, era presenciar la muerte de sus semejantes. Pero ¿por qué a ellos?, pensó el joven. Si era cierto que Rotherdale estaba todavía vivo, si su muerte había sido sólo una ficción, para atraer a ciertas personas a la casa, considerándolas como sus enemigos, ¿por qué quería matarlos también a ellos, ajenos por completo a sus problemas?

Wanda Roberts no estaba en su dormitorio.

—Ahora ya no me cabe la menor duda de una cosa —dijo él.

—¿Sí, Dan?

—Wanda está en connivencia con el asesino. Marjorie asintió. De nuevo se hizo el silencio.

Era un silencio denso, agobiante, como un fúnebre presagio de algo horrible que iba a suceder, en cualquier momento, sin que pudieran evitarlo.

* * *

—Meggy, nos guste o no, sólo tenemos una solución —dijo él, al cabo de unos momentos.

—Hable sin temor. Dan —contestó la muchacha.

—Es preciso salvar la valla electrificada. Nuestra salvación estriba en pasar al otro lado.

—Tenemos la escalera que utilizaron los Stetson...

—No sirve. Es demasiado liviana. Hay otro medio mejor. Aunque nos costará un poco, debemos intentarlo. Venga conmigo.

De nuevo bajaron al vestíbulo. South dio un rodeo para evitar el paso sobre la trampa de las puntas de acero. Abrió la puerta, y salió al exterior, seguido de la muchacha.

—Desde el garaje a la valla, en la parte del acceso a la propiedad, hay unos setenta metros. Aunque el terreno es horizontal, podemos empujar uno de los coches. Creo que conseguiremos hacer que tome cierta velocidad, lo suficiente para hacer saltar la valla, con el impacto. Si consideramos que un automóvil puede pesar algo así como una tonelada y media, el impacto, aunque nada más sea que a una velocidad de quince kilómetros a la hora, puede producir los efectos apetecidos.

Miró a la muchacha, y sonrió.

—¿Dispuesta, Meggy?

—Dispuesta, Dan —respondió ella.

South llegó a la puerta del garaje, y abrió. Las luces seguían encendidas.

Entonces, los dos, al mismo tiempo, vieren que habían sucedido cosas durante su ausencia.

Los cadáveres de los Stetson habían desaparecido.

Y todos los automóviles tenían sus ruedas deshinchadas.

South lanzó una imprecación de rabia. Marjorie, súbitamente desanimada, se echó a llorar.

South permaneció en silencio durante unos momentos, tratando de calmar la agitación que el hecho había producido en su ánimo. Ahora veía clara una cosa: el asesino jugaba con ellos.

Jugaba para divertirse, para gozar con sus miedos, sus temores... disfrutando del pánico que sentían. Y así seguiría durante un tiempo, hasta que, harto ya del juego, decidiese acabar de una vez con ellos.

Siempre había sido hombre pacífico, más bien sedentario y nada amigo de conflictos o situaciones críticas. Ahora era distinto; su propia vida y la de la muchacha que tenía a su lado estaban en juego.

—Meggy —dijo.

Ella buscó un pañuelo para secarse los ojos.

—Estamos perdidos, Dan —contestó.

—No estamos perdidos —contradijo él—. Aún nos queda una solución. Es una solución extrema, si usted quiere..., pero cuando nuestras vidas están en juego, no debemos tener consideraciones con quienes tratan de asesinarnos.

El garaje era amplio, y había en él herramientas de jardinería y otros útiles, entre ellos una cortadora de césped, con motor de explosión. En uno de los rincones, South vio lo que esperaba: un par de latas, con gasolina, la cual le evitaría trasvasarla de uno de los depósitos de los coches. Agarró las dos resueltamente, y se dirigió hacia la puerta.

—Sígueme, Meggy —dijo, tuteándola inconscientemente.

—¿Qué piensas hacer, Dan?

Con las latas en la mano, y ya en la puerta. South se volvió hacia la muchacha.

—El fuego es un buen recurso para obligar a las ratas a salir de su madriguera —contestó.

CAPITULO XI

Volvieron una vez más a la casa, y ahora no cayeron en el error anterior, sino que rodearon el lugar donde estaba la trampa de los hierros puntiagudos. Dan destapó las dos latas sucesivamente, y empezó a rociar muebles y cortinas con el combustible.

Un fuerte olor a gasolina se expandió inmediatamente por la atmósfera. South fue el salón, y vertió también gasolina sobre los muebles, hasta vaciar por completo los dos recipientes.

—Y ahora...

Miró a la muchacha con ojos brillantes y sonrió. Luego, con brusquedad, emitió un poderoso grito:

—¡Rotherdale! Salga, dondequiera que esté. Voy a pegar fuego a la casa. Es vieja, hay mucha madera, y las llamas prenderán muy pronto. Aunque estamos en un paraje solitario, el resplandor se verá a gran distancia. Alguien llegará... sin contar con que el fuego quemará Los cables y el interruptor de la valla electrificada. ¿Me ha oído bien? ¡Conteste, Rotherdale! Le concedo un minuto para que salga a dar la cara.

Los ecos de sus últimas palabras rebotaron contra los muros. La única respuesta que recibió South fue un silencio total.

El joven tenía la vista lija en el segundero de su reloj. Marjorie le contemplaba, expectante, sintiendo en su pecho la aguda tensión del momento. Era una acción arriesgada, pero no podían hacer otra cosa.

—¡Rotherdale, han pasado treinta segundos! —anunció South.

El silencio continuó, abrumador, opresivo. Marjorie se sintió envuelta por una atmósfera llena de hostilidad, en un ambiente que le pareció sobrenatural.

—¡Quince segundos!

South tenía en la mano un rollo de papeles. La derecha sostenía el encendedor. En su reloj, la aguja del segundero avanzaba rítmicamente.

—¡Cinco segundos, Rotherdale! —Gritó de nuevo—. Cuatro..., tres..., dos..., uno...

Repentinamente, se oyó una explosión. Las luces se apagaron en el acto.

Marjorie gritó. South soltó los papeles, y la agarró por un brazo.

—Venga —susurró a su oído.

Ella se dejó llevar. South, cauteloso y prudente, retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Agachados, estaremos mejor —dijo.

Se acuclilló en el suelo, y empuñó el revólver con mano firme. A poca distancia tenía unas cortinas empapadas en gasolina. Si era necesario, dispararía en aquella dirección. La llamarada del disparo inflamaría el combustible.

De repente, se oyeron voces en el exterior.

—Viene alguien —dijo la muchacha.

—Silencio —recomendó él.

Una mano golpeó la madera del portón.

—¡Eh! —Gritó un hombre—. ¿Quién diablos hay en esta casa?

A través de su mano, South percibió el temblor que recorría el cuerpo de la muchacha. Hizo presión con los dedos, a fin de aconsejarle en silencio que se esforzarse en mantener la serenidad.

La explosión, comprendió South, había sido provocada en el exterior, con el fin de romper la valla electrificada. Y ello había hecho saltar los fusibles.

—Digan —dijo alguien—, esta puerta no está cerrada con llave...

—¡Vamos, adentro! —ordenó un hombre, con voz enérgica.

Se oyeron pisadas. De súbito, se ovó un terrible alarido.

South sintió que se le ponían los pelos de punta. Una vez más, las puntas de acero habían realizado su mortífera tarea.

* * *

Sonaron voces de alarma:

—¡Cuidado!

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

—¡Enciende una luz, imbécil! —tronó alguien.

Pero, repentinamente, se encendieron do nuevo todas las luces de la casa. South y la muchacha vieron a dos hombres en el umbral, justó a un paso del lugar donde se hallaba la trampa mortal.

—Eh, jefe, mire —exclamó uno de los recién llegados.

El otro contempló a la pareja, durante unos instantes. Era un sujeto de mediana estatura, fornido y con rostro surcado de cicatrices. En tiempos, calculó South, debía haber sido boxeador.

—Vaya, vaya, conque está aquí la palomita fugitiva —dijo el ex boxeador, con acento irónico.

South se volvió hacia la muchacha. Marjorie estaba muy alterada.

—Le conoces? —preguntó.

—Claro que me conoce, alfeñique —dijo el sujeto—. Meggy, nunca me imaginé que pudieras estar aquí, aunque envié a Kade, por mera precaución. Pero Kade no ha vuelto. ¿Qué ha sido de él?

—Murió —contestó Marjorie, con voz neutra.

—¿Tú?

—No.

—Kade cayó en la misma trampa que ha caído su amigo —dijo South—. Abajo, en el sótano, hay media docena de puntas de hierro.

El ex boxeador frunció el ceño.

—Meggy, ¿es cierto lo que dice este tipo con cara de chupatintas?

—Sí.

—Mi nombre es Dan South —se presentó el joven—. Y si no me cree, apártense de ahí, y les demostraré que lo que he dicho es cierto. —Se volvió

hacia la muchacha—. ¿Quién es, Meggy?

—Donovan —contestó ella.

—Clem Donovan —dijo el sujeto orgullosamente—. ¿O es que mi nombre no le suena, amigo?

—Si lo que trata de decirme es que es usted un gángster famoso, la respuesta es no. No suelo tratarme con gente de su calaña, Donovan.

El otro dio un paso hacia adelante, pero notó que el suelo cedía, y retrocedió vivamente.

—¡Diablos, jefe! Aquí hay unta trampa...

Donovan se apartó de aquel lugar. South se acercó al cordón, y tiró, para hacer funcionar la trampa. Donovan miró hacia abajo y se estremeció.

—Rayos, es verdad... —murmuró.

—Es una idea del dueño de esta casa —dijo South.

—Rotherdale, ¿eh?

—Así parece, señor Donovan. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro —accedió el sujeto, sonriendo desdeñosamente—. ¿De qué se trata?

—¿Busca usted a la señorita Uttman?

—En efecto. La he encontrado y me la llevaré, después...

—Usted no se la llevará. Meggy no volverá a su lado.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Donovan se volvió hacia su acólito, a la vez que lanzaba una ruidosa carcajada.

—Buck, ¿has oído? El chupatintas se siente valeroso...

—¿Quiere que le dé una lección, jefe?

Donovan extendió una mano.

—Calma, Buck, ya le arreglaremos las cuentas más tarde. Ahora tenemos algo más importante que hacer. Hemos de encontrar a Rotherdale, con el que tengo que discutir un asunto que se nos quedó pendiente hace tiempo.

—Tal vez un supuesto accidente de automóvil —presintió South.

—Sí —exclamó Donovan—. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo he imaginado.

—Bien, puesto que sabe tantas cosas, dígame, ¿dónde está ese condenado Rotherdale?

South se encogió de hombros.

—Nosotros también lo estamos buscando —respondió.

Donovan entornó los ojos.

—Es un tipo muy astuto —murmuró—. Hace años, mi hermano Phil y yo tuvimos negocios comunes con él. Luego se rompió la sociedad y... Bueno, el caso es que un día me llamó, para pedirme que simulase un accidente, ya que estaba en dificultades con unos acreedores, y no quería pagarles. ¿Saben?, Rotherdale ha estado siempre un poco chiflado... A veces, hacia cosas muy raras... —Donovan lanzó una carcajada—. Incluso quiso ser productor de cine, y hasta empezó una película de terror, que debía rodarse en esta casa..

De pronto, se puso serio.

—Lo malo es que mi hermano, un chico ingenuo, pero despistado, se dejó convencer y formó sociedad aparte con Rotherdale. Fue capaz de arriesgar ciento cincuenta mil dólares... y ya no he visto más el dinero ni a mi hermano.

—Un momento —exclamó South—. ¿Tuvo aleo que ver Rotherdale con la desaparición de su hermano?

—No. Lo pensé en un principio, pero él me convenció de que no había vuelto a saber de Phil...

South metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Este anillo, ¿era de Phil?

Donovan lanzó una imprecación.

—¡Sí! —gritó—. Por todos los diablos, ¿de dónde lo ha conseguido?

South volvió los ojos hacia la muchacha.

—Tengo que decírselo —murmuró.

Marjorie asintió.

—Pero, antes, quiero que me digas si tienes alguna relación con este hombre —añadió el joven.

Ella enrojeció vivísimamente.

—Sí —exclamó Donovan—. Esa chica tiene que ver mucho conmigo...

—Y usted la quiere tanto, que ella, conmovida, escapó de su casa, sin una sola prenda de ropa encima, ¿verdad? —dijo South cáusticamente.

Donovan dio un paso hacia adelante, con los puños crispados.

—Este es un asunto que podemos resolver luego —contestó—. Ahora, dígame dónde está mi hermano.

—Lo que queda de su hermano, claro.

—Entonces, ha...

—Sí, murió hace mucho tiempo, probablemente, poco después de que usted advirtiese su desaparición. —El anillo voló por los aires, hasta el pecho de Donovan, quien lo atrapó antes de que cayera al suelo. South añadió—: Voy a decirle una cosa, Clem: la señorita Uttman ya no tiene nada que ver con usted. Y si intenta molestarla, le pegaré un tiro.

Donovan respingó al ver el revólver que el joven había sacado repentinamente.

—bueno, hombre, bueno, no es para tomárselo por la tremenda... Hay otras mujeres... —dijo, conciliador.

—Celebro que piense así. Ella no debía sentirse muy a gusto con usted, puesto que se escapó en tan pésimas condiciones. Prácticamente, la muerte era preferible a seguir a su lado.

Donovan emitió un par de gruñidos.

—Admito que no me porté demasiado bien con ella... A veces, voy muy brusco y aquella noche había tomado un par de copas de más…

—Está bien, no se hable más del asunto. Cuando Meggy y yo salgamos de aquí, usted debe considerar que es la última vez que la ve. Y repito, si intenta molestarla, le meteré cuatro balas en su asquerosa barriga. Ya sabe lo que suele decirse en estas ocasiones, ¿no? La posible condena del matador no

beneficia en nada a la víctima, sobre todo, si ésta muere.

Donovan pareció sentirse muy impresionado por aquellas palabras, rebosantes de energía y decisión.

—Está bien, está bien —dijo, de mal humor—. Pero ¿dónde diablos está ese condenado Rotherdale?

—¿Desean algo los señores? —sonó repentinamente la voz del ama de llaves.

* * *

Donovan se volvió hacia la mujer, que había aparecido como si se hubiese filtrado a través de una de las paredes.

—¿Quién es usted? —preguntó agriamente.

—Le presento a la señora Roberts, Clem —dijo South—. Señora, el señor Donovan...

—El señor Rotherdale murió. Yo identifiqué sus restos —exclamó Ralph, desde lo alto de la escalera.

Donovan lanzó una estruendosa carcajada.

—Vamos, vamos, cara de palo —dijo—. ¿A quién piensas engañar con ese cuento? A mí no, ¿verdad? Yo preparé el accidente...

—¿Quién era el muerto? —preguntó South.

—Un tipo que se parecía bastante a Rotherdale. Su cara resultó destrozada, y el tonto jefe de policía de Sharrock Lane no se preocupó de las huellas dactilares, puesto que el propio mayordomo reconocía al difunto. Sencillo, ¿no?

—El muerto no diría lo mismo, si pudiese.

—Oh, no se perdió gran cosa. Yo tenía que ajustar una cuentecita con él... La petición de Rotherdale me vino de maravillas —confesó Donovan cínicamente—. De este modo, me ahorraba la complicación que suponía enviar a uno de mis muchachos para que consumiese un par de cartuchos.

—Rotherdale le pagaría bien, supongo.

—«Dijo» que me pagaría bien, pero, en realidad, no vi más que un par de miles... El muy hijo de mala madre me estafó... Desapareció...

—¿Le gustaría encontrarlo?

—¡Claro!

South sonrió. De pronto» se acercó al ama de llaves y, de un tirón, le arrancó la peluca. Luego, con ambas manos, rasgó la parte superior del vestido, dejando al descubierto el artilugio de tela y encajes que sostenía dos falsos senos.

—Ahí tiene usted a su hombre... vestido de mujer —exclamó, a la vez que se retiraba un par de pasos.

Donovan lanzó un rugido.

—De modo que ésa era él... Sin bigote, con peluca y ropas de mujer, está irreconocible... ¿Cómo lo ha sabido. Dan?

—Por los útiles de afeitar que vi en su cuarto de baño. La maquinilla de afeitar es de hombre, no las del tipo pequeño, que usan las mujeres para rasurarse axilas y pantorrillas... y no hay ni un solo perfume femenino.

—Quizá ahora comprenda por qué usted y esa chica no deben salir vivos de esta casa —dijo Rotherdale con voz inexpresiva, mientras se despojaba del pecho simulado.

—Sí, sabiendo que ha matado a ocho personas, sin contar a Kade ni al que ha muerto hace pocos minutos, resulta fácil comprender que no le interese que Meggy y yo salgamos vivos de aquí.

—¡Se mataron ellos! —gritó el asesino.

—Hubo de todo, aunque sí es cierto que parte de sus herederos se mataron entre sí, fue porque usted los empujó al crimen, con el señuelo de una herencia... que no sabemos si existe. ¿Tanto les odiaba usted?

Un brillo insano surgió, de pronto, en los ojos de Rotherdale.

—Ellos tramaron mi muerte, y se pusieron de acuerdo con este canalla antes que yo —señaló a Donovan—. Pude saberlo a tiempo, y decidí que un día debería vengarme. Por eso convencí a Donovan para que pusiera a otro en mi lugar, y así me creerían muerto.

—Y después empezó a preparar las trampas, con tiempo suficiente, en una casa en donde se debería haber filmado una película de terror: puertas secretas, trampas en el suelo... altavoces ocultos y quizá mirillas disimuladas en más de una habitación. ¿No es así?

Rotherdale sonrió de una forma extraña.

—Eran unos miserables —dijo despreciativamente—. Unos tipos abyectos... No es que permitiesen, sino que obligaban a sus esposas a que se acostasen conmigo... a fin de sanar la carrera hacia los puestos más elevados de la empresa...

—Hasta que se hartaron y conspiraron para matarle.

—Ahora están muertos. Todos. ¡Todos! —aulló Rotherdale.

—Menos los Mac Auliss. Tal vez fueron lo suficientemente sensatos para no acudir a un lugar en donde sospechaban podían caer en una trampa.

—Un día los encontraré y...

—Lo dudo mucho. Rotherdale, usted irá a parar a un sanatorio mental. Y Ralph a algún centro donde le curen su afición a las drogas. De no haber contado con un hombre al cual controlaba usted como si fuese un muñeco, dándole drogas cuando lo necesitaba, o retrasando la entrega, si se mostraba reacio a obedecer, quizá no habría podido ejecutar lo que consideraba su venganza. ¿Me equivoco?

Hubo un instante de silencio. Marjorie estudiaba atentamente la expresión del rostro de Rotherdale, que reflejaba claramente los sentimientos que le poseían, y llegó a la conclusión de que South había dicho la verdad. Aquel hombre estaba loco, loco de remate... dominado única y exclusivamente por la obsesión de la venganza.

—¡Un momento! —Exclamó Donovan—. Todavía no sé qué le pasó a mi

hermano. Usted si lo sabe. Dan.

—En efecto, lo sé. Su hermano murió en un calabozo... de hambre y sed, encerrado allí por Rotherdale... y posiblemente devorado después por las ratas. O quizá se lo comieron antes de que muriese...

El pecho de Donovan se hinchó tempestuosamente. Sus oíos emitieron un brillo de locura.

—¡Usted! ¡Usted hizo eso! —aulló.

Repentinamente, sacó una pistola y disparó contra Rotherdale. El asesino se tambaleó.

Todavía llevaba la falda del vestido, y metió la mano en un bolsillo para sacar un arma que tenía oculta. Pero el segundo disparo de Donovan le alcanzó en la frente y lo derribó instantáneamente.

Arriba, Ralph hizo fuego y erró el primer disparo. Donovan, enloquecido por la ira, volvió a disparar, al mismo tiempo que el mayordomo apretaba el gatillo por segunda vez. Ralph lanzó un alarido desgarrador e, inclinándose hacia adelante, volteó sobre la barandilla, para acabar estrellándose contra enlosado suelo del vestíbulo.

Simultáneamente. Donovan, alcanzado de lleno por el disparo, giraba en redondo. Empezó a caer, alargando la mano izquierda hacia una de las cortinas. Entonces, un espasmo sacudió su cuerpo, y el reflejo llegó hasta el gatillo de la pistola, que se disparó una vez más.

La llamarada inflamó súbitamente el líquido que había empapado los cortinajes. Donovan no se quejó del fuego, porque ya estaba muerto.

South, aterrado, asió la mano de la muchacha, y tiró de ella hacia la salida.

—¡Vámonos! —gritó.

Buck escapó a la carrera. El fuego se extendía rápidamente. Ya no había poder humano que pudiera atajar la propagación de las llamas.

Contemplaron el incendio desde el exterior. En pocos minutos. Rotherdale House se convirtió en una inmensa hoguera.

South se volvió hacia el esbirro.

—Buck, creo que le conviene declarar la verdad de lo que ha pasado —dijo.

El sujeto asintió, terriblemente impresionado.

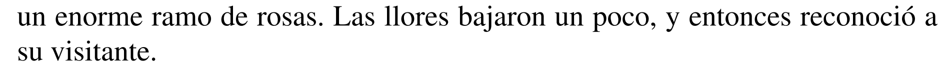
—Diré la verdad —prometió.

South respiró, aliviado. La pesadilla había terminado. Un hombre había enloquecido, devorado por el ansia de venganza..., pero también había acabado por devorarse a sí mismo.

Luego pensó en que la casa de Donovan no estaba lejos de allí. Podrían reponerse un poco antes de abandonar definitivamente la comarca, cuando hubiesen terminado los trámites legales.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Marjorie salió a abrir. Lo primero que vio fue


un enorme ramo de rosas. Las llores bajaron un poco, y entonces reconoció a su visitante.

—¡Dan!

—¿Puedo pasar?

—Claro...

South le entregó las llores. Marjorie aspiró el perfume.

—Son preciosas —dijo. Luego le miró—. ¿Cómo te encuentras?

—Lo mismo quería preguntarte yo, Meggy.

—Estoy bien. Dan, gracias.

—Me alegro... ¿Sabes? He estado pensando mucho .. Meggy, ¿quieres casarte conmigo?

—Oh, Dan... —Ella soltó unas lagrimitas—. Pero yo... tú sabes que...

—Eso está más que pasado, y no merece la pena que volvamos a comentarlo. Verás... Yo nunca me hubiera creído capaz de ser... de portarme como lo hice en Rotherdale House..., pero lo cierto es que todo lo hice para que no te sucediera nada... Siempre he sido muy tímido... No soy un héroe. Meggy.

Marjorie sonrió dulcemente. Dejó las flores a un lado y tomó las manos del joven.

—Estoy segura de que otro hombre no hubiera hecho lo que tú en semejantes circunstancias —dijo.

—Bueno, nunca se sabe hasta que llega el momento... Meggy, verás... Cuando te encontré en el camino... yo volvía de Clearwood... Pasé por allí para atajar... Bien, el caso es que acababa de hacer un pacto con mi hermano. Tiene unos aserraderos muy importantes, y yo soy un buen contable... Mi hermano quiere Que me encargue de la parte administrativa del negocio. Acepté. Es un trabajo muy distinto del que hacía en una oficina de San Francisco... y Clearwood es un pueblo pequeño, limpio, con paisajes preciosos... Si tú quisieras... lio visto una cosita que se alquila, no lejos del tío... en un lugar encantador...

Marjorie no contestó. South empezó a desanimarse.

Por un momento pensó en que ella no quería, quizá porque él le recordaría constantemente aquellos horribles momentos vividos en Rotherdale House. Las trampas, las chimeneas que permitían oír lo que se hablaba en la habitación contigua... Los Thorne buscando a los Stetson en la habitación de éstos, tal vez para idear un plan común de defensa...

Pero, de pronto, vio lágrimas en los ojos de la muchacha.

—Meggy, ¿por qué lloras? —se extrañó.

Ella Forzó una sonrisa.

—Dan, dime, ¿es bonita esa casa? —preguntó.

—Oh, sí... Tiene un jardín precioso y... —South sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho—. Entonces, ¡aceptas! —gritó.

Marjorie cayó en sus brazos.

—No podría encontrar otro hombre mejor, aunque me pasara buscándolo

el resto de mis días —contestó.

South la abrazó.

—Oh, cariño... ¿Puedo... besarte?

Marjorie sonrió encantadoramente.

—Puedes besarme todo lo que quieras, amor mío —respondió.

Estrechamente abrazados, permanecieron en silencio unos momentos. Rebosante de júbilo, South pensó que el camino que llevaba a ninguna parte, les había conducido al lugar que más podían desear: la felicidad.

FIN